LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal a través de sus protagonistas

26

Ramsés II

Centro Editor de América Latina

Sergio Bosticco

LOS HOMBRES *de la historia* 26

La figura del gran Ramsés II, el tercer soberano de la dinastía XIX, es una de las más adecuadas para caracterizar un momento de la historia del Egipto antiguo, porque su largo reinado representó para este país, en el siglo XIII, el logro de un feliz equilibrio que ya no se volvería a repetir.

Todo lo relacionado con él es grande: reinó sesenta y siete años; engendró más de una centena de hijos; multiplicó las estatuas colosales; sembró el Egipto de ciudades nuevas; su victoria de Qadesh sobre los hititas fue cantada en uno de los más largos textos de la literatura faraónica; murió casi centenario.

En el sucederse de varias generaciones, Ramsés II se convirtió en un ideal de prestigio y de potencia al que se recurría con admiración en los tiempos de crisis y de colapso; otros nueve soberanos tomaron su nombre, casi para evocar mágicamente un tiempo afortunado.

No se conoce con seguridad a qué edad subió al trono, pero sí que era muy joven; tampoco se poseen documentos específicos relativos a los últimos años de su reinado aunque se sabe que por esa época en todo el oriente estaba explotando un complejo fenómeno de migraciones de pueblos indoeuropeos destinado a descomponer el equilibrio de las fuerzas políticas y comerciales. "Pueblos del mar" los llamaron los egipcios y de ellos se conocen nueve grupos. La invasión de dichos "pueblos del mar" coincidió también con una evolución fundamental en el campo de la cultura material: la total sustitución del hierro por el bronce en las armas y en los utensilios; la fuerza de las nuevas poblaciones se ligaba en gran parte a la superioridad material del nuevo tipo de armamento, producto de la revolución técnica que se expandió por todo el Mediterráneo oriental, justamente a través de las mencionadas poblaciones, en el último cuarto del siglo XIII.

Ramsés reinó hasta el límite de estos acontecimientos revolucionarios Sus hijos y sucesores se verán obligados a una defensa cada vez más desesperada e inútil. Pero cuando el octogenario soberano fue depositado en su "morada de eternidad" en el Valle de los Reyes, su figura pertenecía ya a la historia mitificada, a un ciclo glorioso, definitivamente cerrado.

(1301-1235 A.C.)

Primeros títulos

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini. Ido Martelli, Michele Pacifico.

26. Ramsés II - La civilización de los orígenes.

Este es el tercer fascículo del tomo La civilización de los orígenes.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La civilización de los orígenes, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 26:

Museo del Cairo: p. 59 (3); p. 65 (1); p. 66 (1); p. 82 (1).
Louvre, París: p. 60 (2); p. 62 (1); p. 81 (4).
Museo Egipcio, Turín: p. 65 (2); p. 68 (3).
Alinari, Florencia: p. 60 (1).
Hirmer Fotoarchiv, Munich: p. 72 (1); p. 80 (1).
Foto Borromeo: p. 77 (1,2).
Ediciones "TEL", París: p. 84 (1).
Las piezas del Museo del Louvre, Departamento de Antiguedades Egipcias, han sido fotografiadas por S. Montresor y F. Ordasso.

La redacción agradece al autor su valiosa colaboración.

Traducción de Cristina Iglesia.

Centro Editor de América Latina S. A.
Av. de Mayo 1365 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley.
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Este fascículo, para el cual se utilizó papel Celcote Ilustración de Celulosa Argentina S. A., se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223, Buenos Aires, en Noviembre de 1968

Ramsés II

Sergio Bosticco

La cronología del ciclo histórico egipcio del Imperio Nuevo, y por lo tanto, el encuadre cronológico del reino de Ramsés II, se establece sobre una serie de datos astrológicos que se pueden deducir de la diferencia entre el año solar y el año oficial y además por otras concomitancias conectadas con el calendario lunar. Otras circunstancias, menos exactas, se pueden deducir de hechos o personajes relacionados con los acontecimientos históricos del Cercano Oriente.

Además, un singular documento, útil para la reconstrucción de la historia de Egipto, está ligado al reinado de Ramsés: el "Papiro real", conservado en el Museo Egipcio de Turín. Este documento, muy fragmentario en su estado actual, contiene sobre el *recto* resúmenes de operaciones fiscales y en el *verso* presenta la lista de soberanos, agrupados en familias reinantes en orden progresivo, desde el mítico Menes a Ramsés II. De acuerdo al resultado de los cálculos más recientes, el largo reinado de Ramsés II ha sido fijado entre los años 1290 y 1224.

Los acontecimientos más notables del reino están documentados en los años siguientes:

Año I
Ascensión al trono. Gran inscripción de Abidos.

Año II
Estelas de Kuban.

Año IV
Primera campaña de Siria.

Año V
Batalla de Qadesh.

Año VIII
Campañas en Palestina y Siria.

Año XXI
Tratado de paz con el imperio hitita.

Año XXX
Primer jubileo.

Año XXXI
Matrimonio con la princesa hitita. Segundo jubileo.

Los jubileos siguientes se celebraron cada tres años.

Año LXVII
Muerte del Rey.

La fama

La figura del gran Ramsés II, el tercer soberano de la dinastía XIX, es una de las más adecuadas para caracterizar un momento de la historia del Egipto antiguo porque su largo reinado representó para el Egipto Imperial del siglo XIII el logro de un feliz equilibrio que ya no se volvería a repetir. En el sucederse de varias generaciones, Ramsés II se convirtió en un ideal de prestigio y de potencia al que se recurría con admiración en los tiempos de crisis y de colapso. Otros nueve soberanos tomaron su nombre, casi para evocar mágicamente un tiempo afortunado. "Ra lo ha generado", era el significado del hombre ilustre con el que se proclama la descendencia de un individuo elegido por el dios solar Ra. Todavía después de un siglo de su desaparición los escribas volvían a copiar con veneración el famoso título, y otros cinco títulos protocolares, presentes siempre en sus grandiosos monumentos: "Toro poderoso amado por Maat (la diosa Verdad), Señor de los Jubileos como su padre Ptah-Tenen. El que protege a Egipto y domina a las naciones extranjeras, el que estabiliza las Dos Tierras (Egipto). Rico en años, grande por victorias. Usimara-setepenra ('Poderosa es la verdad de Ra - El elegido de Ra'). Ramsés, amado de Amón". Hasta en la tradición clásica, a un milenio de distancia, se pueden captar los reflejos de la fama del mítico Ramsés y de sus fabulosos monumentos. Diodoro Sículo, en la descripción de los grandes complejos funerarios de Tebas de Egipto, nos habla del templo y de la estatua colosal de un soberano de nombre Osymandia, forma en la que perdura la primera parte del citado nombre de Ramsés: Usimara. Y Tácito, cuando evoca la visita de Germánico a las ruinas de la antigua Tebas, refiere la noticia según la cual los sacerdotes egipcios, interpretando los epígrafes monumentales, volvían a invocar el nombre del gran "Rhamses". Contaban de él que había dominado a los libios, etíopes, medas, persas, bactrianos, escitas, armenios, capadocios. Mostraban después la lista de tributos que confluían a la capital desde todos los puntos del imperio: oro, plata, carros, caballos, especies. Este impresionante apego a una tradición ya idealizada era el testimonio de la vitalidad de un personaje que había caracterizado todo un período glorioso de la historia egipcia.

Las premisas históricas

Egipto salió de la experiencia revolucionaria de Akhenaton agitado y debilitado en sus estructuras políticas y militares. La renovación tuvo su eje en la personalidad del general Horemheb, hábil político y organizador que había sabido granjearse el apoyo del clero tebano del que dependía la legitimización de la soberanía. Bajo Akhenaton, el general Horemheb había combatido en Palestina y llegado a obtener el comando supremo de todas las fuerzas militares. Pero su nombre permanece ligado, sobre todo, a la restauración que llevó a cabo como soberano. Horemheb no se limitó a eliminar todos los elementos que podían recordar los errores revolucionarios, sino que efectuó una gran obra de reorganización en todo el país. En primer lugar fue necesario reinstaurar la autoridad y el control del gobierno central sobre los órganos periféricos. La mala administración del período anterior había favorecido el arbitrio de los poderes locales que habían cometido abusos y excesos. La obra de Horemheb consistió en controlar y devolver su dimensión a las autoridades constituídas. Reformó en particular la administración de la justicia, restaurando gradualmente la seguridad y la legalidad de las instituciones. Se tomaron medidas adecuadas para evitar la corrupción de los jueces locales, premisa indispensable para el retorno a una normalidad constructiva. Con la figura aislada de Horemheb se cierra la dinastía XVIII hacia 1320. Por lo que se sabe, no dejaba descendientes directos, pero su política equilibrada había creado las premisas para la renovación que encontraría su máxima expresión en el reino de Ramsés II. Horemheb había elegido a un militar llamado Paramsés como su más directo colaborador, que sería el futuro Ramsés I, fundador de la dinastía XIX, quien, a la

muerte de Horemheb subió al trono ya viejo y reinó sólo durante dos años. Ramsés I había asociado a su gobierno a un hijo suyo, llamado Seti, igual que su abuelo, que había sido un simple capitán de infantería. El nombre Seti etimológicamente significa "El que pertenece al Dios Seth". Y en efecto, el capitán Seti descendía de una familia originaria de Tanis, el centro más importante del Delta oriental, donde el culto del dios Seth o Setekh permanecía vivo desde el período de la dominación de los hicsos, que habían establecido en Tanis su centro operativo. Los hicsos habían encontrado en Seth una hipóstasis de su dios semimítico Baal. Precisamente en Tanis se descubrió una interesante estela conmemorativa, llamada "estela del año 400", que Ramsés II hiciera levantar para exaltar al dios y a la ciudad de sus antepasados. El texto de la estela recuerda que alrededor de 1330, cuando todavía reinaba Horemheb, un alto funcionario llamado Seti, hijo de Paramsés, llegó a la ciudad de Tanis para celebrar solemnemente el aniversario de los 400 años del reino del dios Seth en dicha ciudad. En efecto, retrocediendo en el tiempo cuatrocientos años, hacia 1730, encontramos a Egipto bajo el dominio de los hicsos, los cuales, como ya se ha dicho, habían elegido a la ciudad de Tanis como centro principal y a Seth como dios tutelar. La celebración del reinado de Seth había servido a Seti de inmejorable pretexto para confirmar localmente el prestigio de la familia y por lo tanto es comprensible que su hijo y sucesor Ramsés II se sintiera obligado a evocar el histórico acontecimiento. Además, la "estela del año 400" constituye un documento precioso para comprobar los cargos ocupados por Seti y por su padre Paramsés durante el reinado de Horemheb. Después de los títulos de Ramsés II y de consignar el 400º aniversario del reino del dios Seth "grande por potencia", se constata que el celebrante Seti había imitado la carrera política de su padre Paramsés ocupando los mismos cargos militares y civiles, entre ellos, el de "gobernador de Tebas, primer ministro o visir, flabelífero a la derecha del rey, jefe de las tropas, encargado de los países extranjeros, de la fortaleza de Silé y de los caballos". Además Seti había ejercido algunas funciones sacerdotales en el Delta y había sido "encargado de los sacerdotes de todos los dioses". Al enumerar detalladamente esta suerte de *cursus honorum* del padre y del abuelo, antes de su ascensión al trono, Ramsés II trataba de exaltar a la familia en el período de su afirmación decisiva. Y el lugar ideal para esta exaltación no podía ser sino Tanis. En efecto, bajo los primeros soberanos de la dinastía XIX, Tanis se convierte en el centro de mayor importancia después de Tebas, tanto por los motivos que ligaban a la dinastía a la ciudad como por la necesidad de un centro importante en las proximidades del área mediterránea. Tebas continuó siendo el centro político oficial, sobre todo religioso, porque Ramsés I y Seti I, aun mostrándose devotos a su dios Seth ratificaron como divinidad nacional a Amón y dieron su apoyo incondicional al poderoso clero tebano recibiendo, en cambio, la seguridad en el plano político interno.

Cuando Seti I subió al trono, hacia 1309, los tiempos estaban maduros para retomar el control en el frente de Asia anterior. La "rebelión" de los beduinos nómades en Palestina, facilitó un pretexto apropiado. Seti, después de asegurarse el control de la carretera que llevaba desde Egipto a Rafia, el primer puesto palestino, avanzó sobre Palestina al frente de tres divisiones que acabaron fácilmente con los núcleos rebeldes, a los que atacó por separado, antes de que pudieran formar una peligrosa coalición. Esta campaña se llevó a cabo durante el primer año del reino. Algunos años después, Seti se lanzó más al norte, hacia Siria, para enfrentar a un enemigo más temible: el imperio hitita. Las fuerzas egipcias e hititas se encontraron por primera vez en Qadesh, en el valle del Oronte. Aunque las tropas egipcias vencieron a las hititas, Siria permaneció potencialmente en la órbita de la influencia del imperio hitita. Las campañas asiáticas de Seti están documentadas en grandes composiciones en relieve, acompañadas de leyendas, sobre el muro exterior de la parte norte del templo nacional de Amón en Karnak y en algunas inscripciones fragmentarias encontradas sobre los mismos lugares de las operaciones. El período final del reino de Seti no se caracteriza por otras guerras. Es necesario señalar, sin embargo, dos importantes actividades constructivas en el campo religioso, finalizadas durante el reino de su hijo: la primera, en Tebas, en el templo de Karnak, donde se inició la construcción de la sala hipóstila, imponente selva de columnas, que representa la culminación de lo colosal en el terreno de la arquitectura de templos; la segunda, en Abidos, la ciudad santa del dios de los muertos, Osiris, donde Seti hizo construir un nuevo templo al que asignó ricas rentas. Continuando la política paterna, Seti I asoció al trono a su hijo Ramsés. Cuando, hacia 1290 Seti fue depositado en el gran hipogeo del Valle de los Reyes, el sepulcro real tebano más grande y más ricamente decorado, el joven y ambicioso Ramsés II recogía una herencia segura y estable: sólo en el límite norte del imperio, la potencia hitita podía representar un peligro, si bien bastante lejano.

Estado y sociedad en la época de Ramsés II

Durante las dinastías XVIII y XIX la monarquía egipcia tuvo un impulso y un desarrollo notables tanto en el plano interno como en el plano de las relaciones internacionales. En efecto, en el cuadro de la historia de la civilización del Oriente, entre 1500 y 1200, el imperio egipcio constituyó una de las grandes fuerzas de equilibrio, junto a los tres bloques afirmados en el Asia anterior: los hititas al noroeste, los hurritas en la Mesopotamia septentrional y los casitas en la Mesopotamia meridional. Egipto, geográficamente más aislado, tuvo una participación fundamental en la historia política de ese período.

Como en épocas precedentes, el Faraón, al que se consideraba elegido por los dioses y dios al mismo tiempo, era formalmente el soberano absoluto, pero sus prerrogativas de jefe supremo del culto, de las finanzas, de la justicia, del ejército y de las relaciones diplomáticas, se confiaban —excepto casos particulares— a altos funcionarios delegados.

El sumo sacerdote de Amón, el dios de Tebas, era la máxima autoridad religiosa de la nación y también su máxima autoridad política, ya que a él le correspondía el derecho de legitimar la ascensión al trono de cada nuevo soberano. El clero tebano constituía también una fuerza económica notable tanto por las inmensas fortunas atesoradas que provenían en gran parte de botines de guerra como posesiones en tierras y rentas diferentes. Otra máxima autoridad política era el primer ministro o visir, que normalmente residía también en Tebas. A él se le confiaba el ministerio de justicia, el nombramiento de los jueces y la presidencia de los procesos de carácter nacional. Las finanzas y los trabajos públicos dependían también del visir. La red administrativa disponía de una organización capilar con un ejército de escribas, de archivistas y de administradores que seguían los desarrollos de las prácticas referidas a la propiedad de la tierra, la recaudación de las tasas sobre los bienes y sobre los réditos, el censo de los animales, el control de los transportes, los datos relativos a la crecida del Nilo, a la distribución de las aguas y a sus canalizaciones. El visir, finalmente, tenía también el cargo de ministro de guerra, asistido por un consejo de guerra. De lo expuesto se desprende que el visir representaba la máxima autoridad del estado. Los soberanos de la dinastía XIX evitaron cuidadosamente elegir el visir entre los miembros del clero tebano para que no se produjera una peligrosa confluencia de poderes. Los sucesores de Ramsés II, menos previsores y menos autoritarios, no supieron evitar la ingerencia del clero tebano en la nominación del visir, con consecuencias fatales. Las áreas de influencia extraterritoriales se regulaban con estatutos especiales. Al sur, Nubia era gobernada por un virrey, con plenos poderes, que era honrado con el título de "Hijo real de Kush". Su tarea principal consistía en asegurar la explotación metódica de los recursos de la región, consistentes en oro, marfil, madera, pieles de animales exóticos y disponer su envío a Egipto. En las zonas



del frente asiático, a lo largo de la costa sirio-palestina, la política administrativa era diferente; aquí Egipto había dejado con autonomía a los príncipes nativos, después de haber probado su fidelidad. Muchos habían recibido una educación netamente egipcia. Cada principado, bajo el control de funcionarios egipcios, estaba obligado a proveer anualmente tributos naturales y, en caso de guerra, a sostener al ejército egipcio durante la campaña.

Con excepción del período de el-Amarna y el del fin de la dinastía XX —en los que el elemento religioso tuvo preponderancia, en diversa medida, en el juego político— el ejército representó en la edad imperial un elemento casi siempre determinante. Para una comprensión y valoración del reino de Ramsés II no se puede prescindir de algunas valoraciones sobre la organización y el funcionamiento de las fuerzas armadas. El ejército egipcio se había venido estructurando a partir de la dinastía XVIII con la intención precisa de evitar la repetición de las invasiones en el frente asiático. Completada la liberación del territorio nacional, se había procedido a la creación de bases seguras a lo largo de la costa sirio-palestina. De igual modo, en el sur, la reconquista de Nubia había determinado la necesidad de una ocupación militar estable hasta la tercera catarata. Como consecuencia, el desarrollo de contingentes militares y de servicios complementarios, había adquirido una importancia sin precedentes. El Faraón era, obviamente, el comandante en jefe del ejército y no sólo nominalmente: muchos son los testimonios de soberanos que libraron personalmente grandes campañas militares, especialmente Ramsés II. Durante la campaña, el soberano mismo consultaba a los oficiales más antiguos, sin dar carácter estable a este consejo. El ejército territorial estaba dividido en dos cuerpos ligados a la tradicional bipartición del país: el Alto y el Bajo Egipcio. Los dos comandantes de cuerpos de ejército, llamados "Lugartenientes del ejército", podían estar sometidos a un "Generalísimo". Las tareas del ejército territorial consistían, esencialmente, en custodiar los centros urbanos y las fronteras, en escoltar al Faraón y a los grandes funcionarios, en preparar tropas escogidas para el ejército móvil, en ayudar a las obras de interés público. Las armas eran dos: la infantería y la carrería, esta última introducida por los hicsos. Se desconocía la caballería. Los infantes se dividían en reclutas, armados generalmente con una sola hacha, y veteranos, armados con arco y hacha. Se menciona menos a los infantes dotados solamente con espada. Una mención aparte merecen los "Valientes del Rey", cuerpo elegido por su habilidad y su probado coraje. La infantería disponía además de tropas "de color": los nubios, hábiles arqueros, como así también ex prisioneros entre los que se contaban los sherden, mencionados justamente bajo Ramsés II, y los libios. Un cuerpo particular de nubios, los "megiai", desempeñaba el servicio de policía del desierto, con la tarea de controlar eventuales evasiones o infiltraciones a lo largo de las fajas de los desiertos líbico y arábigo. La unidad más pequeña de infantería consistía en la compañía de cincuenta hombres cuyo responsable era un graduado llamado precisamente "El más grande de los cincuenta". Cuatro compañías formaban un batallón a las órdenes de un "vesilífero". Grupos de batallones dependían de un "Capitán de infantería". Los oficiales de enlace se denominaban "heraldos", mientras la administración proveía un gran número de "escribas" adscriptos al reclutamiento y a los servicios de almacenaje y de subsistencia. El cuerpo de carros representaba el arma de los nuevos tiempos, apta sobre todo para las operaciones extraterritoriales sobre el frente asiático. El carro de guerra, tirado por una pareja de caballos, era montado por un auriga y por un combatiente dotado de arco, flechas, azagayas y escudo. Los carros se desplazaban en escuadrones de veinticinco unidades. El cuerpo de carros dependía de un "Lugarteniente", mientras la parte técnica y administrativa estaba a cargo de un "Encargado de los caballos". Una posición particularísima tenía el "Primer carrero de Su Majestad", encargado de guiar el carro del Faraón. El ejército móvil estaba formado por grupos de cuerpos de infantería y de carros organizados en tres o cuatro divisiones, de cerca de 5.000 hombres cada una. En tiempos de Ramsés II las divisiones se distinguían entre sí con los nombres de las cuatro grandes divinidades: Amón, Ra, Ptah y Setekh; la primera estaba a las órdenes del Faraón y las tres restantes a las de príncipes reales. El transporte de los bagajes se realizaba a lomo de burros y, más raramente, en carros tirados por bueyes. En lo referente a la táctica, el primer contacto con el enemigo se efectuaba con la carga de un escuadrón de carros seguido de la intervención de la infantería. Otro escuadrón de carros ejecutaba la carga definitoria o bien, se lo mantenía listo para proteger la eventual retirada. No existía una verdadera marina de guerra, pero grandes naves podían estar dotadas de infantes que combatían con la técnica del abordaje.

La carrera militar ofrecía, indudablemente, ventajosas posiciones y posibilidades de rápida afirmación, pero también la carrera burocrática aseguraba la integración a la clase privilegiada. En las antologías de textos escolares del período de Ramsés II y de sus sucesores, se puede percibir el antagonismo entre dos grupos sociales representados por el escriba y el soldado. En un estado en el que el peso del elemento militar se hacía sentir hasta en la política interna, el ejército de burócratas se defendía satirizando al soldado y exaltando al escriba. Rústico, grosero e indefenso el primero, culto,

En la página precedente :

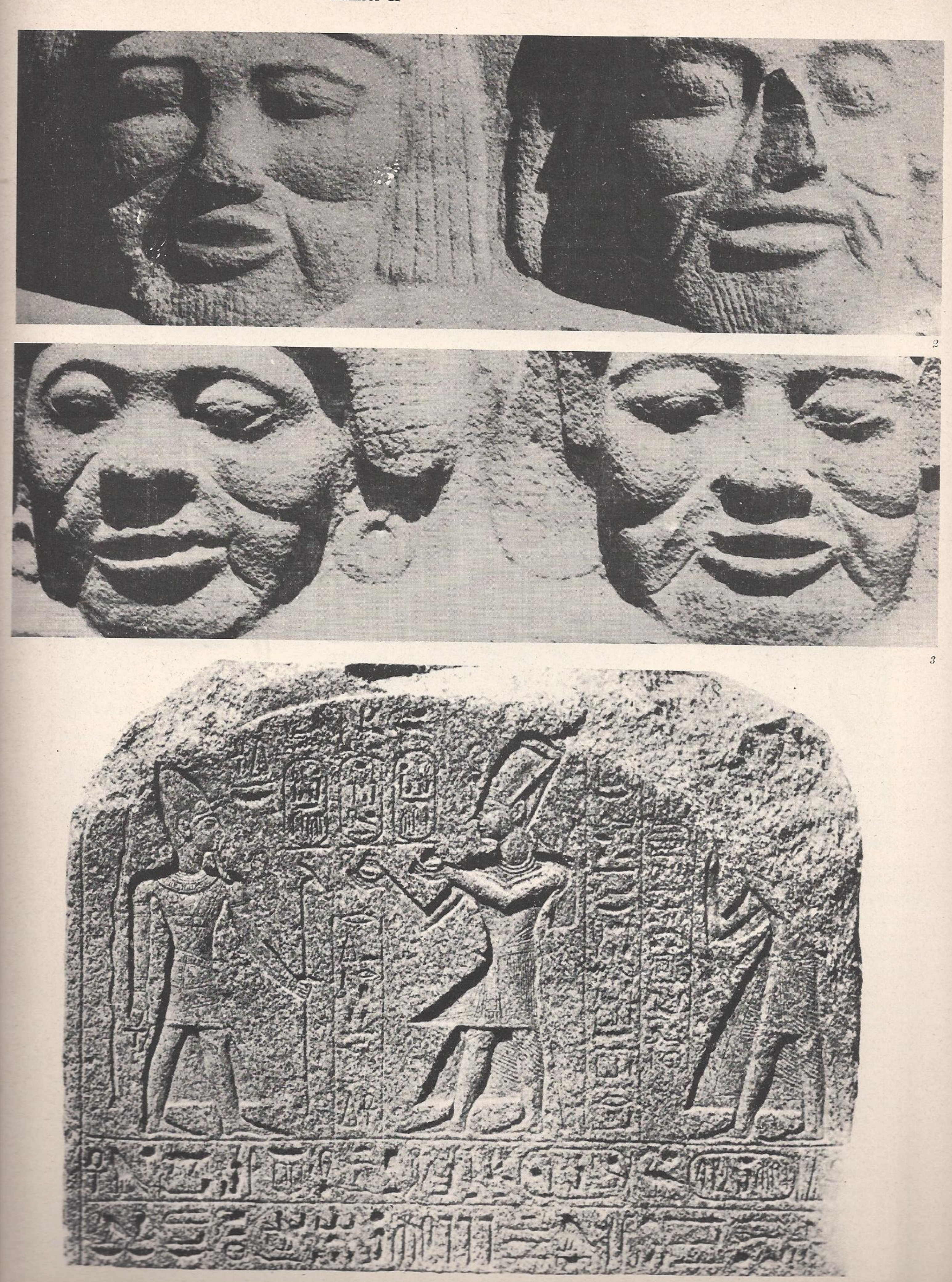
2. *Ramsés joven.* París, Louvre.

1. *La reina Tulla, madre de Ramsés II.* Roma, Museo del Vaticano.

2. 3. *Cabezas de prisioneros.* Tanis, gran templo.

4. *Parte superior de la "estela del año 400" proveniente de Tanis.* Museo de El Cairo.


1



2

3

4



1. Pectoral de esmaltes con el primer nombre de Ramsés. París, Louvre.

hábil y seguro el segundo. He aquí un texto significativo, que nos ha llegado a través de muchas copias: "Trata de convertirte en escriba. Es agradable encontrar un escriba. Ven, quiero describirte la angustiosa condición del militar. Cuando es sólo un muchachito, de apenas dos codos de alto, es llevado y aprisionado en un cuartel. Una marca de fuego se imprime en su cuerpo, un golpe brutal en su ojo, una herida en su ceja. Su cabeza ostenta una herida abierta. Es extendido y pegado como una hoja de papiro, es maltratado con garrotazos. Ven, quiero describirte su viaje a Siria y sus marchas sobre la colina. Sus raciones de pan y agua van sobre sus espaldas como la carga de un asno y sobre su cuello se ha formado un callo igual al de un asno. Las vértebras de su espalda están plegadas. Bebe agua podrida. Cuando termina de montar guardia parte para el combate como un pájaro desplumado sin fuerza en sus miembros. Si llega a volver a Egipto, es como un palo roído por los comejenes. Se siente mal. Lleno de penurias, llega cargado sobre un asno. Un ladrón le ha robado sus vestidos y su siervo se ha fugado". En otro fragmento encontramos expuesto con vivaces términos antitéticos, el contraste entre los beneficios de la carrera del funcionario y las desventajas de la militar: "Mira, yo te instruyo y preparo tu cuerpo para que puedas tener la paleta y escribir sin impedimentos, para que puedas convertirte en un hombre de confianza del rey; para que tengas acceso a tesoros y grandezas; para que puedas recibir la nave en la puerta del granero; para que puedas obtener las ofertas divinas en los días festivos, ricamente vestido, con caballos, mientras tu barca, cargada con tripulación, está en el Nilo y se mueve con seguridad en viaje de expedición. Se te ha construido una casa en tu ciudad. Detentas un alto cargo que el rey te ha ofrecido generosamente. Siervas y siervos hay en tus posesiones y los que en los campos se dedican a arar, vienen a estrecharte las manos. Mira, te estoy haciendo un poseedor de vida. Coloca la escritura en tu corazón de modo que puedas eximirte de todas las fatigas y ser un funcionario prestigioso. ¿No conoces al hombre inepto? Su nombre es desconocido y se lo suele cargar como un burro que transporta cargas frente al escriba que se sirve de él. Ea, quiero describirte los trabajos del militar, porque sus superiores son numerosos: el general, el capitán de infantería, el oficial superior, el portaestandarte, el lugarteniente, el escriba, el más grande de los cincuenta, el jefe de la guarnición. Ellos entran y salen del patio del palacio y gritan: '¡Adelante, al trabajo!' Lo despiertan cuando hace apenas una hora que ha comenzado a dormir y lo empujan como a un asno. Se fatiga hasta que el sol se oculta en la oscuridad de la noche. Vive hambreado y extenuado; vive como si ya estuviera muerto. Se lo moviliza para Siria sin posibilidad de exención. Carece de ropas y de sandalias; los equipos están almacenados en la fortaleza de Silé. Durante las largas marchas sobre las colinas bebe agua salada cada tres días. Su cuerpo tiembla por la disentería. El enemigo ha llegado y lo rodea con una carga de flechas. La vida lo abandona. Le gritan: '¡Al asalto, valiente, procuráos un nombre famoso!' Pero él permanece aturdido, las rodillas se le pliegan. Cuando se logra la victoria, Su Majestad asigna los prisioneros destinados a Egipto. La extranjera está extenuada por la marcha y es colocada sobre las espaldas del soldado. Por cargar con la prisionera debe abandonar su saco personal que pronto le es arrebatado por otros. Termina muerto sobre las rocas desiertas y no hay nadie que lo recuerde. Para él, la vida y la muerte son penosas. Por lo tanto, sé un escriba, para eximirte de ser soldado y para poder vivir exento de vejaciones. Piensa en esto". Prescindiendo del tono voluntariamente polémico de estos ensayos desarrollados en el ambiente cultural de los escribas, se desprende de ellos un antagonismo real entre los dos bloques de la clase dirigente.

Los otros componentes de la sociedad egipcia estaban representados por los artesanos calificados, los obreros comunes y los campesinos. El comercio era ejercido, preferentemente, por extranjeros, particularmente por comerciantes sirios. Con respecto a los obreros y artesanos administrados por el estado, poseemos una importante y difundida documentación referente a la aldea de los que pertenecían a la necrópolis real, emplazada sobre la orilla occidental de Tebas. Durante el reino de Ramsés II, cuando la aldea alcanzó su máxima prosperidad, la habitaban más de cien familias que vivían en casas-tipo. El personal comprendía desde elementos calificados, como arquitectos, escultores, pintores, asistentes, hasta elementos comunes como albañiles, picapedreros, acarreadores de agua, peones. El salario mensual, establecido por contrato, se calculaba sobre el valor base del trigo. Al respecto, se ha comprobado que la diferencia entre el salario de un capataz y el de un obrero simple, era muy poca. La paga se efectuaba generamente en alimentos y vestidos. Jurídicamente, hasta el obrero menos calificado era totalmente libre y responsable de su trabajo sobre la base de una precisa relación de trabajo. A su vez, el obrero que no recibía el trato establecido, se abstenía de trabajar. Aparte de las grandes extensiones de tierra pertenecientes a la Corona o a los templos y que disponían de una administración compleja, en el campo regía la pequeña propiedad privada. Familias enteras de campesinos vivían bajo la dependencia del propietario en un tipo de servidumbre de gleba. Los pequeños propietarios, para sobrevivir, debían ingeniarse continuamente para enfrentar las frecuentes presiones fiscales y las requisiciones militares. Completando el cuadro de la sociedad egipcia de este período es necesario señalar una notable emancipación de la mujer en las clases altas.

Los primeros años del reino

Es necesario precisar, ante todo, que la mayor parte de los documentos pertenecientes al reino de Ramsés II, al menos los que han llegado hasta nosotros, son de origen oficial, es decir, relaciones tendientes a conmemorar un acontecimiento que no podía dejar de ser ilustre. Si se debe aludir a alguna situación poco clara, se la considera como precedente escabroso, superado justamente gracias a la acción determinante del soberano. Pero aun a través de la parcialidad de fondo, que puede ser compensada en parte con datos de documentos de carácter privado, es posible intentar trazar un cuadro bastante preciso de las directivas políticas fundamentales y de sus desarrollos. Es decir, determinar los acontecimientos que han hecho famoso y luego fabuloso al reino de Ramsés II. No se sabe con seguridad a qué edad subió al trono Ramsés pero sí que era muy joven. Sus primeros actos políticos están documentados en una larga inscripción, fechada al cumplirse el primer año de su reinado, sobre el muro del pórtico del gran templo que su padre Seti I había dedicado en Abidos al dios de los difuntos, Osiris. El epígrafe refiere que Ramsés se había trasladado a la capital para ser coronado y recibir el saludo del clero tebano. Por lo tanto, había participado en la gran fiesta anual de Ope, cuando la barca sagrada de Amón se transportó en procesión desde el templo de Karnak al de Luxor. Luego de rendir homenaje al dios nacional, el nuevo soberano había descendido a Abidos para inspeccionar el templo que había quedado inconcluso a la muerte del padre. También este segundo acto se desenvuelve dentro de la esfera sacramental. El documento atestigua la continuidad de la política paterna que el hijo trata de perfeccionar aun formalmente, finalizando la construcción del templo y dotándolo de un sacerdocio adecuado. En la ocasión, siente el deber de proclamar la legitimidad de su propio reinado, desde el nacimiento, hasta que fuera elegido públicamente para la corregencia con su padre: "El mismo Señor del universo me exaltó desde que era un niño hasta que me convertí en Rey. Él me confió el dominio de la Tierra desde que estaba en el huevo. Los notables besaron la tierra delante mío cuando fui designado Príncipe heredero al trono de Geb (el dios de la tierra), en calidad de hijo primogénito. Yo me ocupo de las Dos Tierras (Egipto) como comandante de la infantería y de los cuerpos de carros. Cuando mi padre aparecía glorificado delante del pueblo, mientras yo era sólo un niño sobre su rega-

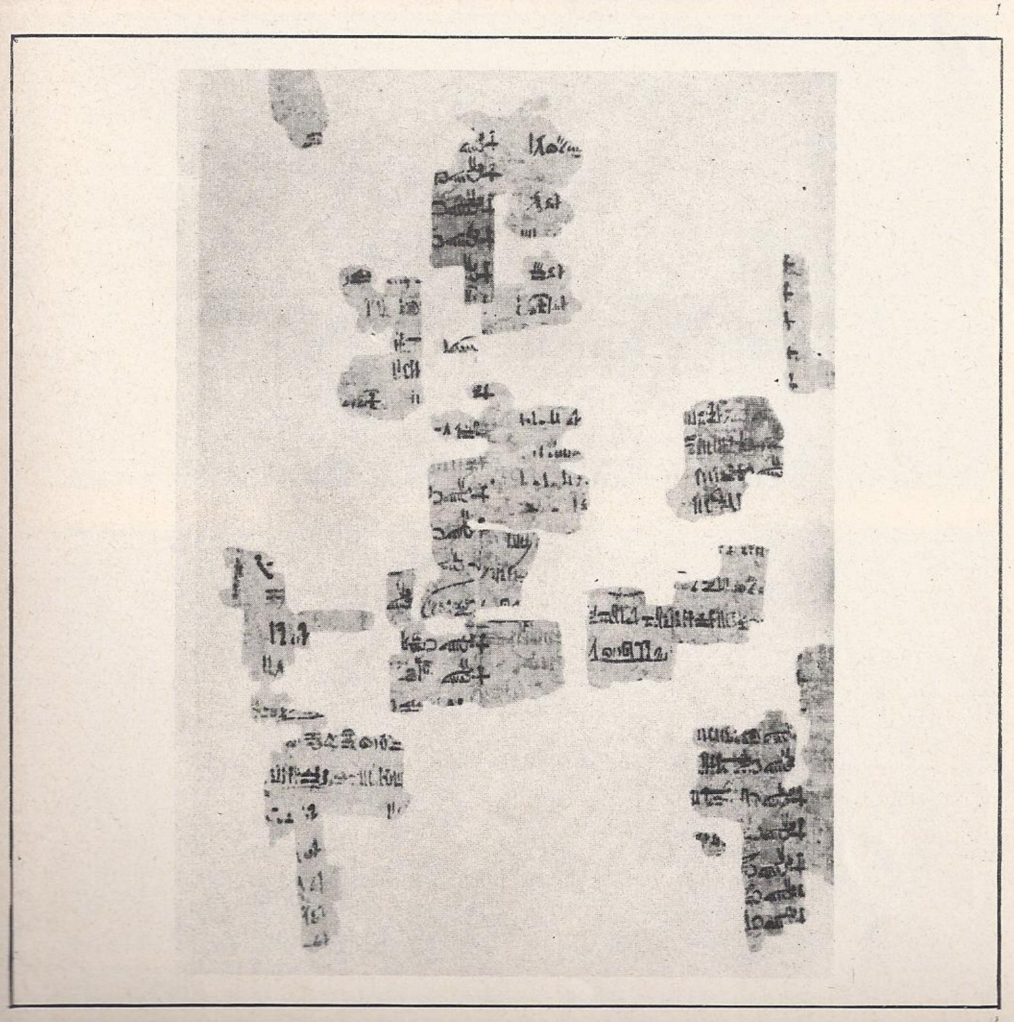
zo, decía con respecto a mí: 'Sea coronado como rey, de modo que yo pueda ver su belleza mientras esté todavía vivo' ". Luego de esta solemne confirmación de su realeza y de su descendencia legítima, los cortesanos presentes en Abidos prorrumpieron en un himno adulatorio: "Tú eres Ra, tu cuerpo es su cuerpo. No ha habido soberano que se te parezca. ¡Eres único!" Y luego de una serie de virtuosismos sobre la excelencia de las cualidades del nuevo soberano, entre las que sobresale la piedad filial, concluyen: "Tu majestad es Rey del Alto y Bajo Egipto, tú ejecutas realmente obras excelsas y tu corazón se satisface ejerciendo la justicia". Aun a través de la fraseología cortesana, se advierte el componente fundamental, presente en todo el ciclo de la civilización faraónica, que consiste en la aspiración al orden constituído, a la legalidad reconocida universalmente. El soberano es, justamente, el garante absoluto de ese orden y debe serlo a condición de haber recibido la autoridad en la plenitud sagrada de la sucesión legítima. La inscripción de Abidos, en este aspecto, puede ser considerada también una proclama programática tendiente a asegurar la perfecta aplicación de los ideales de verdad y de justicia, prerrogativas supremas del soberano-dios. Y es significativo recordar que para el egipcio antiguo existía un solo vocablo para indicar el concepto de verdad y el de justicia. Por eso, Ramsés se vuelve directamente al padre, para afirmar su propia solicitud. "Despiértate, vuelve la cara al cielo, para que puedas ver a Ra, oh padre mío, Merenptah (antenombre de Seti I), que eres un dios. Mira, yo hago revivir tu nombre, te protejo, cuido tu templo, mientras se establecen tus ofrendas". Siguen los detalles sobre los tributos y las rentas que afluirán al templo para asegurar el rito funerario. En respuesta, el padre expresa al hijo su propio reconocimiento augurándole un reino feliz. "Alegra tu corazón, mi dilecto hijo, Usimarasetepenra, al que le fue dada la vida y la eternidad sobre el trono del dios de los vivientes, Horus. Osiris ha implorado tu perduración en el cielo, en el que surges como Ra al amanecer. Vida y prosperidad estarán contigo, verdad, poder y alegría del corazón, porque tú eres de los que son ricos en años. Tuyos serán los poderes y las victorias, oh grande para las victorias. La salud estará en tus miembros como está en los de Ra, en el cielo. Alegría y júbilo habrá en cada una de tus moradas, oh rey, defensor de Egipto, domador de los pueblos extranjeros, que la eternidad de tu vida transcurra como rey del Alto y Bajo Egipto". Entre líneas, podemos leer la conciencia del joven soberano de heredar un poder absoluto fundado en la plenitud de la legitimidad constitucional y sobre el respeto de la obra de su ilustre predecesor. Documento tanto más significativo si se considera la temprana edad del nuevo soberano. Otro testimonio de los primeros años del reino, fechado precisamente en el año tercero, pone en evidencia un aspecto distinto de la actividad de Ramsés: las iniciativas para reactivar las minerías de oro del Wadi Allaqi en Nubia, que habían permanecido abandonadas por falta de aprovisionamiento de agua. La explotación de las minerías y de las canteras constituía un monopolio soberano del que dependía la riqueza del país en metales, piedras preciosas y materiales de construcción selectos. Como recuerdo de la empresa, Ramsés hizo erigir una estela memorial que fue encontrada entre las ruinas de la fortaleza de Kuban, ubicada sobre el Nilo para controlar el ingreso del Wadi Allaqi. La narración presenta un tono solemne y circunstanciado: "Mientras Su Majestad estaba en Menfis, para cumplir los ritos celebrativos de sus padres, todos los dioses del sur y del norte le conferían fuerza, valor y larga vida por miríadas de años; en uno de estos días sucedió que Su Mujestad estaba sentado en el trono de oro, adornado con la diadema de dos plumas, considerando las regiones de donde se extrae el oro y meditando planos para excavar pozos a lo largo de caminos privados de agua, después de haber sentido decir que había mucho oro en la región de Ikita, pero que el camino para llegar allí estaba totalmente desprovisto de agua". Ramsés convoca por lo tanto el consejo de príncipes, quienes, después de postrarse de acuerdo al rito, pronuncian un elogio del que surgen algunos detalles que confirman la corregencia desde los años de la infancia, tema que, evidentemente, era caro al nuevo soberano (recuérdese la situación análoga en la inscripción de Abidos). "Tú entendías en todos los asuntos de las Dos Tierras desde que eras un niño que peinaba trenzas. Ningún monumento se ejecutaba sino era bajo tu autoridad. Ninguna comisión existía sin tu conocimiento. Eras el jefe del ejército siendo un muchachito de diez años. Tu mano colocaba el fundamento de cualquier trabajo que se iniciara. Si tú dijeses al agua: 'Brota del monte', la oleada surgiría inmediatamente". Con esta última referencia, los príncipes conducen el elogio al tema específico, confiando en el aspecto proveedor y prodigioso de la obra del monarca. Sigue luego la relación del responsable más interesado, el Hijo real de Kush, quien refiere también sus precedentes, relatando que muchos soberanos habían intentado hacer cavar pozos para agua, pero siempre sin resultado. Finalmente, tampoco un pozo hecho excavar durante el reinado de Seti I hasta la profundidad de 120 cúbitos había proporcionado agua. Tomando conciencia de la situación, el joven soberano afirma que reincidirá en el intento de procurar agua a los mineros y da órdenes para que se excave un nuevo pozo a lo largo del camino que lleva a Ikita. Poco tiempo después llega el informe del hijo real de Kush con la noticia del infaltable prodigio: a sólo doce codos de profundidad ha sido encontrada agua de una altura de cuatro codos, porque "el agua del abismo" ha obedecido la orden de Ramsés. Evidentemente se había localizado una napa de agua de infiltración del Nilo a lo largo de Wadi Allaqi. Se había asegurado la afluencia de metales preciosos y la estela conmemorativa *in situ* proclamaba la obra prodigiosa del soberano. En conclusión, los documentos de los primeros años del reino nos muestran a Ramsés atento a subrayar la plena legitimidad de la sucesión y demostrar la continuidad de la política paterna al mismo tiempo que proveer el incremento de los ingresos a las arcas del estado.

La epopeya de Qadesh

Un soberano joven y ambicioso como Ramsés II tenía que sentirse atraído por intentar una acción de fuerza contra el imperio hitita, la única potencia que era capaz de enfrentar la dominación egipcia en el Asia anterior. Probablemente Seti I, después de la campaña de Siria, había estipulado un tratado de paz; sea como fuere, el tiempo había favorecido a los hititas. Aprovechando el traspaso dinástico en Egipto, el rey hitita Muwatalli había reforzado las alianzas contra Egipto y, fundamentalmente, se había apoderado de la ciudad de Qadesc sobre el Oronte, punto clave de Siria. En el cuarto año del reino, Ramsés pasó a la acción siguiendo la táctica de sus predecesores, es decir, recorriendo con el ejército de campaña la costa de Palestina y luego la fenicia, hasta la altura del actual Nahr el-Kelb (Río del Perro) entre Beirut y Biblos. Una estela conmemorativa encontrada en el lugar, aunque casi ilegible, confirma sin embargo el año y la presencia del Faraón. Asegurándose el control de toda la costa, el ejército se preparó para el salto. En la primavera del año siguiente, el quinto del reino, Ramsés avanzó decididamente en dirección nordeste dirigiéndose hacia Qadesh al frente de la primera división, es decir, la de Amón. Las otras tres seguían a distancias espaciadas. Ésta fue la campaña a la que el Faraón dio la máxima importancia, considerándola como la empresa militar más significativa de su largo reinado, porque estaba ligada a un episodio de valor personal que permitió salvar al ejército al borde de la derrota. Tan rica y detallada es la documentación sobre la batalla de Qadesh que puede ser considerada como la operación militar más antigua en la historia de la humanidad de la que se conozca el desarrollo táctico en sus detalles. La difusión con fines propagandísticos de la empresa de Qadesh se relaciona con el programa de las grandes construcciones religiosas de Ramsés. Sobre las grandes paredes de los mayores templos de Egipto y de Nubia, el soberano hizo documentar la



1



2

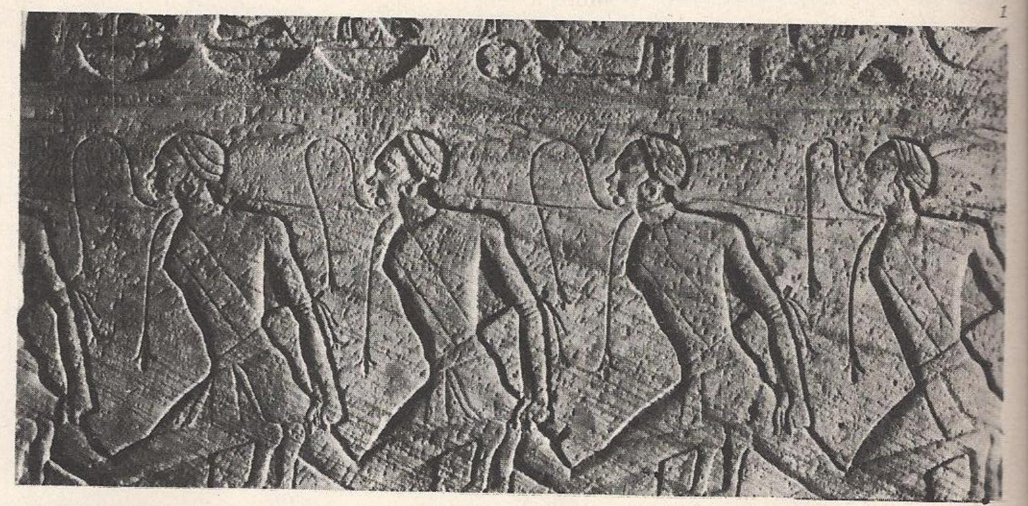


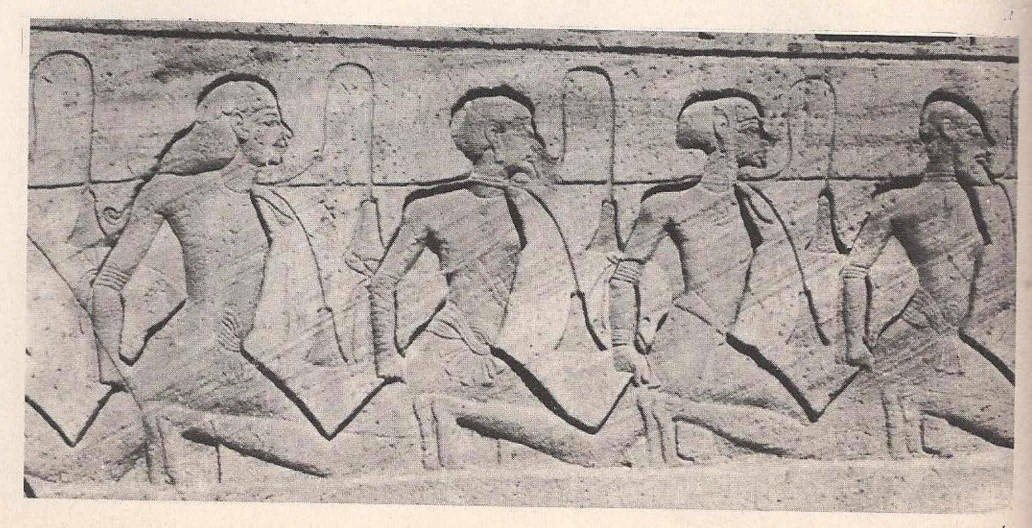
1. *Ramsés coronado por los dioses Setekh y Horus. Abu Simbel, templo menor.* Museo de El Cairo.

2. *Fragmento de dos columnas del "papiro real".* Museo Egipcio de Turín.

3. *Pilar que representa a Ramsés proveniente de Abu Simbel, templo mayor.*







1. Detalle de la batalla de Qadesh. Abu Simbel, templo mayor.
Museo de El Cairo.

2. Ramsés golpea con el mazo a los enemigos tradicionales. Abu Simbel, templo mayor.

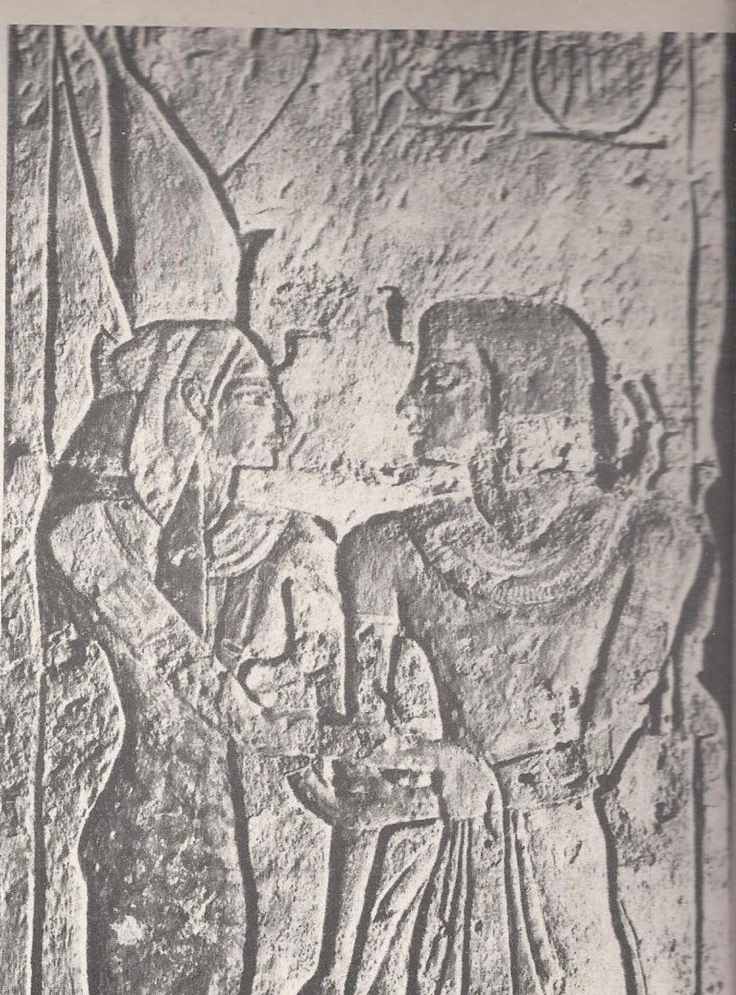
3. Prisioneros nubios. Abu Simbel, templo mayor.

4. Prisioneros asiáticos. Abu Simbel, templo mayor.

batalla en composiciones en relieve acompañadas de textos explicativos. Algo similar, pero en menor escala, había hecho Seti I en el templo de Karnak. Del acontecimiento poseemos dos relaciones distintas, una de tono épico y difuso, llamada "Poema de Pentaur", y otra, más suscinta, llamada "Boletín". Con respecto a la primera, debemos precisar que ha llegado hasta nosotros también en copias de papiro y que, precisamente, Pentaur es simplemente el nombre del copista y no el del autor. Estas composiciones de carácter histórico-narrativo con colorido literario son todas anónimas. El "Poema" expone la gran coalición enemiga encabezada por "la tierra de Hatti", el imperio hitita y todos los territorios y ciudades que constituían la alianza. Esta forma es común a todas las narraciones de los anales egipcios. "Comienzo de la victoria del Rey del Alto y del Bajo Egipto, Usimara-setepenra, el hijo de Ra, Ramsés amado de Amón, al que se le concedió vida eterna, que ha obtenido sobre la tierra de Hatti, de Naharina, de Arsawa, de Pidasa, de Dardany, de Mesa, en la tierra de Qerqesh y de Luka, de Karkemish y de Qedy, en la tierra de Qadesh, de Ugarit y Meshenet." La coalición comprendía, por lo tanto, pueblos en su mayoría indoeuropeos, ubicados en los territorios de Siria septentrional y en el altiplano de la Anatolia. Es interesante la mención de los dárdanos, los mismos que aparecen en los poemas homéricos, y de los lukas, que dieron nombre a Licia. La marcha del ejército se desenvuelve en un ambiente de parada. "Ahora, su Majestad había preparado su infantería, sus tropas de carros, y el cuerpo de sherden que su Majestad había hecho prisionero, a los cuales se les había impartido las órdenes de operación. Su Majestad avanzó hacia el norte y el cuerpo de carros y la infantería estaban con él. Él comenzó el buen camino, poniéndose en marcha en el año quinto, segundo mes de primavera, día nueve, cuando su Majestad dejó atrás la fortaleza de Silé y era poderoso como Montu (dios de la guerra) en sus salidas. Todos los países extranjeros temblaban delante suyo. Su infantería atravesó los desfiladeros y estaban como quien se encuentra por las calles de Egipto. Después que hubieron transcurrido algunos días, Su Majestad estuvo en Ramsés-amado-de-Amón, la ciudad que está en el Valle del Pino. Su Majestad siguió avanzando hacia el norte, hasta alcanzar la altura de Qadesh. Su Majestad marchaba adelante como su padre Montu, señor de Tebas, y vadeó el río Oronte con el primer ejército de Amón." La seguridad con que Ramsés avanzaba, que pronto se revelará como imprudencia, se debía a las noticias de falsos informantes que habían referido que el ejército hitita estaba lejano, en la zona de Alepo. Sin haber tomado contacto con el enemigo, la división de Amón se concentró en el noroeste de Qadesh, disponiéndose a plantar el campo. La trampa estaba cercana. "El miserable y vencido de Hatti, con los numerosos países extranjeros que lo acompañaban, esperaba listo y escondido sobre el lado noreste de la ciudad de Qadesh." Para agravar la situación, faltaban los contactos con el resto del ejército. "La división de Ra estaba vadeando el río a la distancia de un *iter* (más o menos dos kilómetros) del lugar en que estaba Su Majestad. La división de Path estaba al sur de la ciudad de Arnam. La división de Setekh estaba en marcha por el camino." Esta división se hallaba tan atrasada que no participó en el combate. En este punto se inserta el episodio de los exploradores, que aparece solamente en el "Boletín" y en las inscripciones en paredes. Los soldados de Ramsés han capturado dos exploradores hititas, quienes, al ser interrogados, revelan que "todo el ejército enemigo", "más numeroso que la arena del desierto", se prepara para atacar por sorpresa. Ramsés logra todavía enviar a toda prisa al visir para que solicite el urgente arribo de la división de Ptah. Luego sucede lo inevitable. El ejército hitita, vadeando por el sur el río, asalta por la espalda y arrolla la división de Ra, "mientras éste marchaba ignorante y sin prepararse a la batalla". Después avanza hacia el norte e irrumpe en el campo de la división de Amón, arrollando también aquí las débiles resistencias. Es el momento crítico en el cual el valor personal del Faraón logra salvar la situación desesperada y resistir el embate hasta la llegada de refuerzos. El tono del "Poema" se hace épico, la figura aislada del soberano, en medio de la derrota general, campea desdeñada y furiosa. "Entonces su Majestad se elevó como su padre Montu, tomó la armadura de batalla y se colocó la coraza. Era como Baal en su momento. La pareja de caballos que Su Majestad guiaba se llamaba 'Victoria en Tebas' y provenía de la escudería de Usimara-setepenra, amado de Amón. Luego Su Majestad se lanzó a la carga y penetró en el ejército del vencido de Hatti, y estaba solo del todo y no había otros con él. Cuando Su Majestad se volvió a mirar detrás de sí, advirtió que lo rodeaban 2.500 parejas cerrándole la salida, con todas las tropas escogidas del vencido, y de los países que con él estaban, de Arzawa, Masa, Pidasa, Keshkesh, Arwen, Kizzuwadna, Alepo, Ugarit, Qadesh y Luka. Eran tres hombres en cada carruaje como unidad de combate." En este momento se subraya la tensión dramática por el traspaso a la primera persona: "No hay un comandante conmigo, no hay un auriga, no hay un soldado de infantería, no hay un soldado de la tropa de carros. Mi infantería y mi tropa de carros han huido frente a ellos y ni uno se ha detenido para combatirlos." Por lo tanto, se vuelve con tono dolorosamente maravillado al gran Amón, la divinidad de Tebas y de todo Egipto, de la que el Faraón se considera hijo: "¿Qué sucede, oh padre mío, Amón? ¿Es que un padre olvida al propio hijo? ¿He hecho jamás algo sin ti, me he puesto en camino o me he detenido sin tu aprobación?" El soberano se siente injustamente abandonado por el gran protector al que había ofrecido puntualmente tributos y riquezas. El tono se vuelve angustiado. Ramsés se nos aparece como uno de sus hombres que gritan de terror, al que le resta sólo la fe en la obra salvadora del dios invocado en la desesperación. "Te grito a ti, ¡oh padre mío, Amón! Me encuentro en medio de hombres que no conozco. Todos los países extranjeros se han aliado contra mí, yo estoy solo y nadie está conmigo. Mi numeroso ejército me ha abandonado y ninguno de los soldados de las tropas de carros me custodia. Si les grito, ninguno me escucha. Pero grito y siento que Amón es más útil para mí que millares de infantes y centenares de miles de soldados de carros, más que decenas de millares de hermanos o de hijos, unidos en una única voluntad. La obra de hombres valientes no existe: Amón es más útil que todos ellos. He llegado a este punto, ¡oh Amón!, por consejo de tu boca, y no transgrediré este consejo. Mira, yo rezo en el límite extremo de las tierras extranjeras, pero mi voz llega a Ermonte (ciudad cercana a Tebas)." La invocación provoca la intervención directa del dios que en el "Poema" representa el elemento resolutivo. "¡Adelante, adelante! ¡Yo estoy contigo, yo tu padre y mi mano está contigo!" Es el momento de la continuación, si bien la exclamación del auriga del Faraón, todavía poseído por el terror, condiciona el anterior pathos heroico, llevándolo a un plano más humano y real: "Mi buen señor, oh valiente soberano, oh defensor del Egipto en el día de la batalla, estamos solos en medio de enemigos. Mira, la infantería y los carros nos han abandonado. ¿Quieres permanecer aquí hasta que nos corten la respiración de la boca? Haz que nos mantengamos vivos: sálvanos, ¡oh Ramsés!" La respuesta del "buen señor" se muestra llena de comprensión y segura del éxito: "Fortaleceos, ¡fortaleced vuestro corazón, oh mi auriga! Yo penetraré entre ellos como golpea el halcón. ¡Mato, masacro, derrumbo!" Si el valor literario del "Poema" se impone por el tono vivo y dramático, por la visión heroica de un episodio de valor personal, que constituyó la gloria del soberano y de su reinado, por otro lado, el "Boletín" y las inscripciones nos aclaran los detalles tácticos útiles para una valoración histórica de la jornada de Qadesh. Indudablemente, el mérito de Ramsés fue el de resistir a ultranza hasta el arribo de refuerzos. Para el "Poema" la salvación estuvo determinada por la intervención directa del dios Amón, mientras el "Boletín" nos habla más con-



1



2



3

cretamente de la llegada de un cuerpo de jóvenes reclutas provenientes de la región de Amur. De este cuerpo no se había hablado antes. Y probablemente se trataba de un grupo de maniobras, mantenido a distancia como reserva, que logró intervenir en el momento exacto, trastrocando la situación. El "Boletín" precisa que la intervención del cuerpo de los jóvenes reclutas tuvo lugar antes de la llegada de la división de Ptah, a la que el Faraón había llamado en su socorro. El ejército de Mutawalli, cogido a su vez de sorpresa, se replegó, mientras el Faraón contratacaba, persiguiendo al enemigo hasta las aguas del Oronte. Según los esquemas de los anales, las inscripciones refieren los nombres de los principales exponentes hititas arrollados por la carga de Ramsés, entre los que figura un hermano del rey hitita. Prescindiendo de los actos personales de valor cumplidos por Ramsés, la jornada de Qadesh concluía sin vencedores ni vencidos.

Pero en último análisis, el ejército egipcio había fracasado en su objetivo principal: la conquista de Qadesh. A causa de sus graves pérdidas, Ramsés no pudo llevar a cabo el asedio y regresó a Egipto para celebrar el gran triunfo. El "Poema" contiene un epílogo que con toda seguridad es una falsificación literaria pero que constituye un elemento indicativo del punto de vista egipcio. Se cuenta allí que el rey hitita envió un mensaje al Faraón reconociendo su superioridad y pidiéndole paz en términos suplicantes: "No seas despiadado con nosotros. La paz es mejor que la guerra. ¡Déjanos la respiración!" Ramsés comunica el contenido de la carta a sus generales, los cuales convienen que "la paz es óptima, oh rey, desear la paz no es reprochable". Y la clemencia del soberano desciende sobre los vencidos. Ésta parece ser la conclusión lógica del gran cuadro épico pero es difícilmente sostenible desde el punto de vista histórico que Muwatalli llegase a considerarse completamente derrotado.

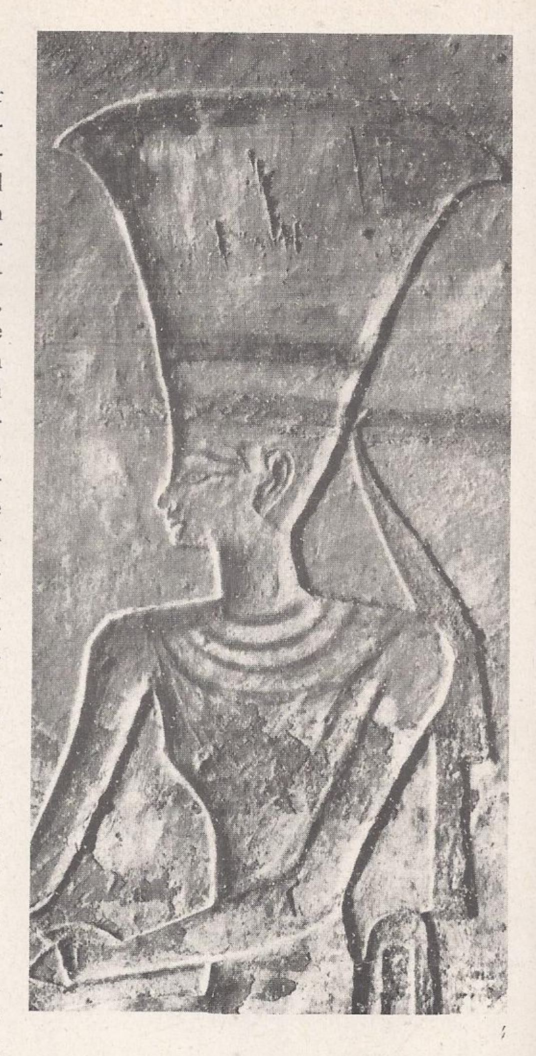
Tanto más cuanto que la lucha se inició pocos años después. Si se tienen en cuenta, en fin, algunos datos inferibles de la parte hitita, es decir, el contenido de las tablillas del archivo descubierto en Boghaz-Keui, se comprueba una situación diversa. En una se lee que en este período Ramsés había sido rechazado en la región de Aba, cerca de Damasco, y en otra, que el país de Amor, fiel a Egipto, había pasado a la parte de Muwatalli, quien había depuesto al príncipe, sustituyéndolo por otro, ligado a la potencia hitita. No obstante, para los egipcios contemporáneos de Ramsés y para sus inmediatos sucesores, la jornada de Qadesh representó una auténtica gloria nacional, ligada al nombre del gran campeón que por sí solo había sostenido victorioso a todo un ejército.

Más guerras y obras de paz

La fluidez de la situación en Asia anterior y la reanudación de la inicativa bélica hitita se comprueba en documentos sucesivos, algunos fechados en el año octavo del reino y otros que pueden fecharse en un período algo posterior. Muwatalli ha fomentado una rebelión en Palestina y Ramsés debe intervenir, borrando una a una, numerosas plazas fuertes rebeldes. Entre las "ciudades que su Majestad devastó en el año octavo" figuran Merom y Salom en Palestina y Dapur en Siria. Hasta Askalon, la ciudad palestinense más meridional, sufrió un asedio documentado en un relieve del templo de Karnak. El Faraón sobre el carro, asistido por la infantería, desbarata las tropas de Askalon que vienen a enfrentar al enemigo, mientras otros cuerpos de la infantería egipcia escalan los muros y abaten las puertas. Desde lo alto de las fortificaciones, los sobrevivientes, mujeres y viejos, invocan clemencia. La leyenda respectiva reza: "La ciudad vencida que su Majestad ha capturado porque se había rebelado, Askalon." Los sobrevivientes dicen: "Es una alegría ser tus súbditos y es una delicia transitar tus confines. Toma posesión de tu herencia, de modo que nosotros podamos contar de tu valentía a todos los pueblos desconocidos."

Asegurado el dominio en Palestina, Ramsés apuntó de nuevo hacia Siria, donde llegó a conquistar el importante centro de Tunip en la región de Naharina. Algunos de estos combates fueron muy rápidos e imprevistos, porque los anales refieren que el soberano venció "mientras su coraza no estaba sobre él". Estas campañas constituían una guerra de desgaste, con alternativas variadas, sin que se lograra un éxito definitivo. Pero justamente en esos años, la potencia hitita se deterioró por una crisis interna. Una vez muerto Muwatalli, surgió una contienda entre Urkhitesub y Hattusil, hijo y hermano, respectivamente, del difunto. La lucha terminó con la victoria de Hattusil, que intentó restablecer relaciones diplomáticas normales con Egipto, sin lograr obtener éxito durante el primer tiempo. Al mismo tiempo Hattusil, preocupado por el crecimiento de la potencia asiria, que acosaba por el oriente, intentó una defensa aliándose con Babilonia. Esto no impidió que los ejércitos asirios de Salmanasar se acantonaran sobre el Éufrates en los límites de Siria. Era una lejana amenaza, también para Ramsés.

No debe pensarse que toda la actividad del Faraón durante estos años se concentrara en el enfrentamiento con los hititas. En Egipto se estaba realizando un ambicioso plan de trabajos, principalmente de carácter arquitectónico-religioso, en los más importantes centros de culto del país. Lo testimonia una importante estela, fechada en el año octavo del reino, que nos presenta un Ramsés

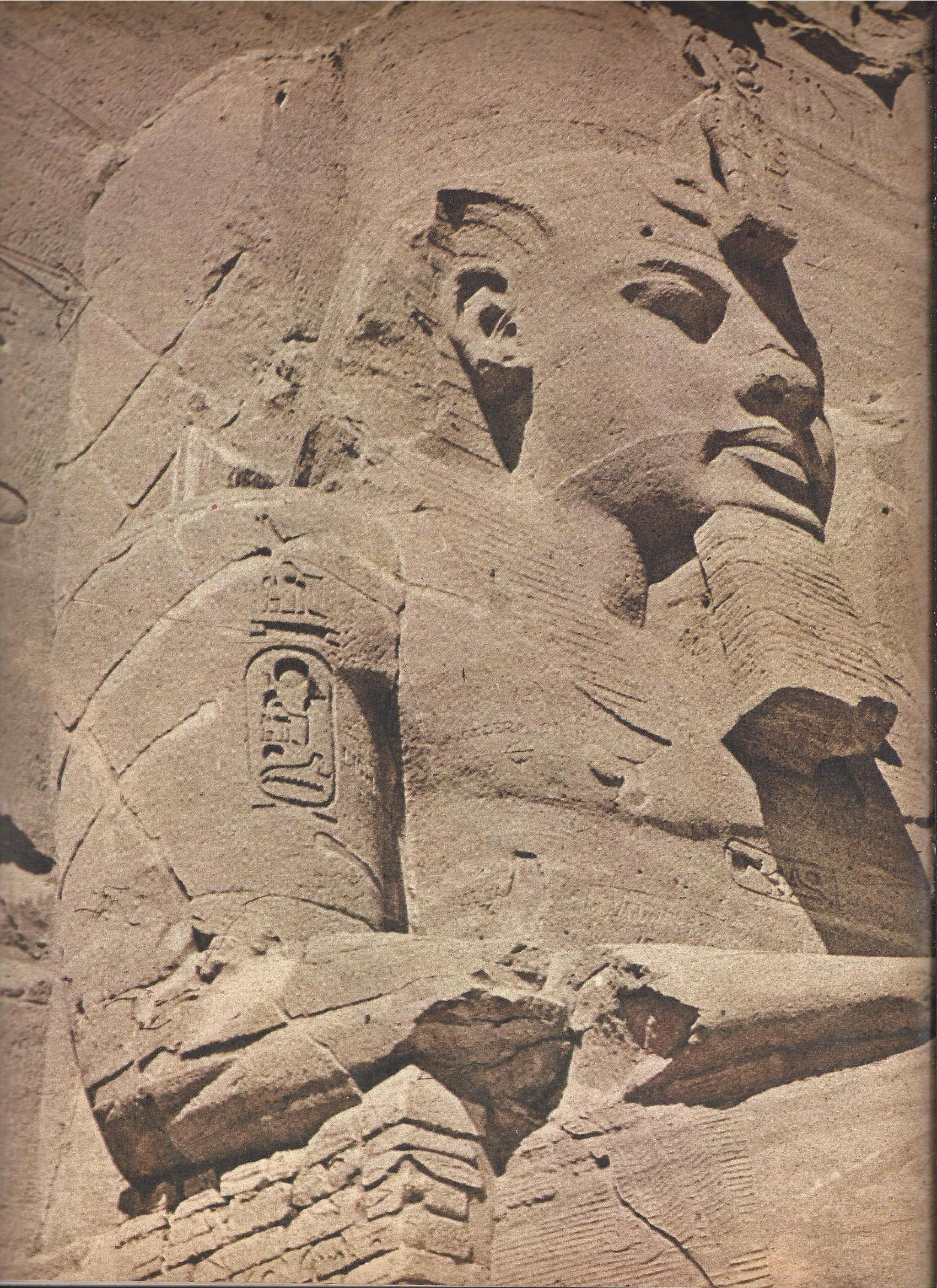


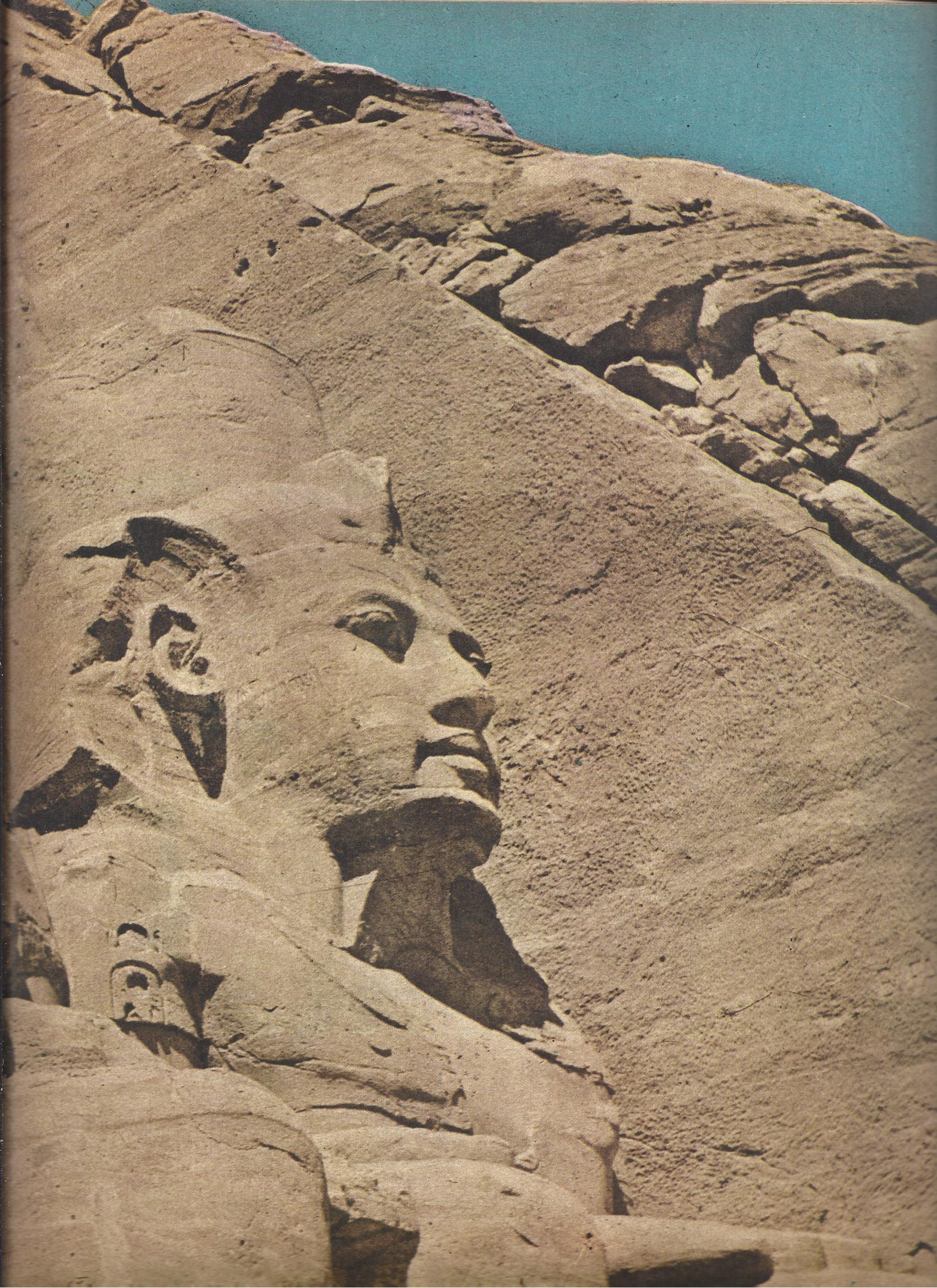
1. *Ramsés ofrece ramos de flores al dios solar Ra-Harakhte. Abu Simbel, templo mayor.*

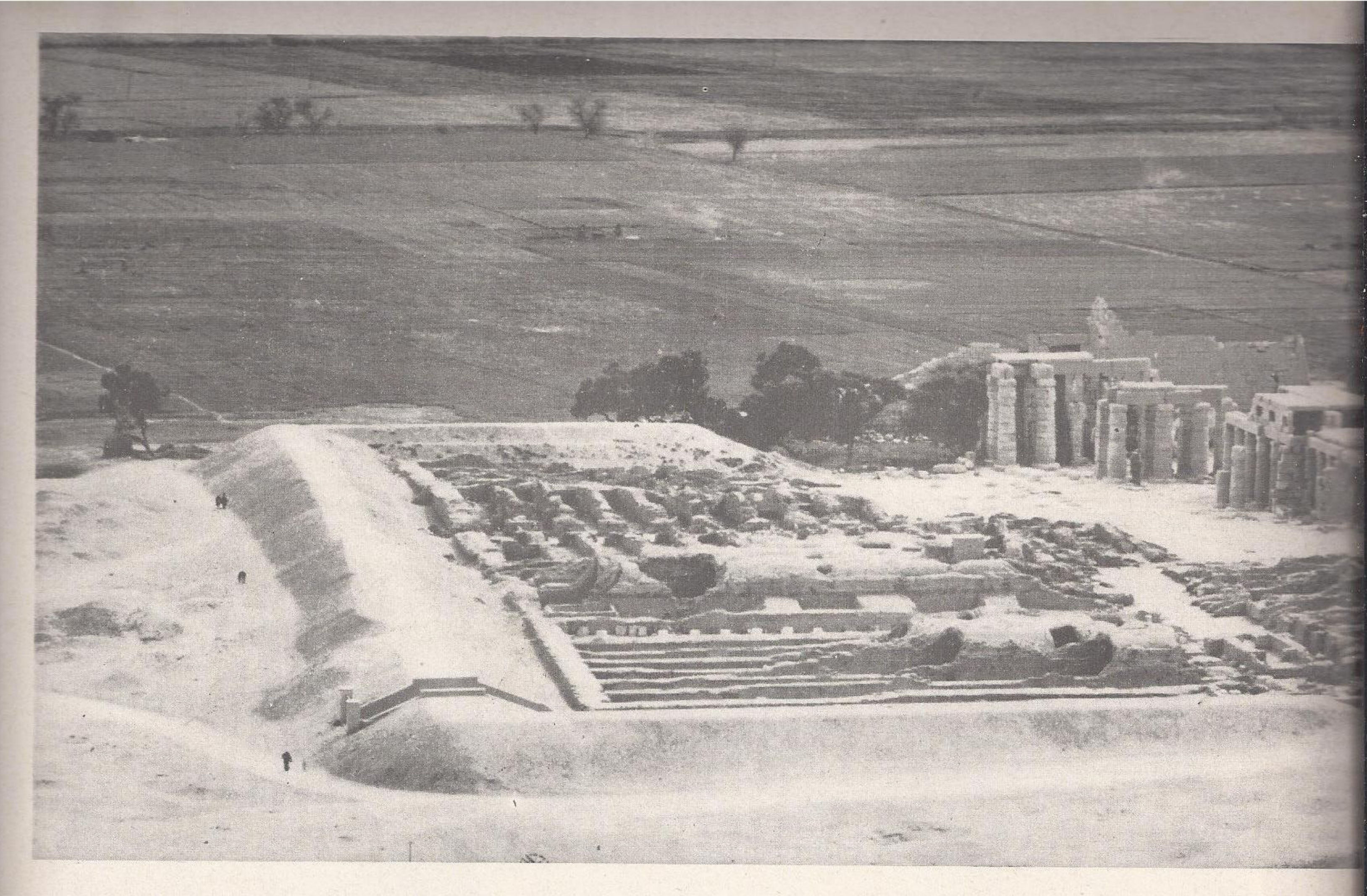
2. *La diosa Mut abraza a Ramsés. Abu Simbel, templo mayor.*

3. *Estatua de Ramsés procedente de Tebas.* Turín, Museo Egipcio.

4. *Anuki, diosa de la primera catarata. Abu Simbel, templo menor.*







En las páginas precedentes:

Detalles de dos colosos de la fachada del templo mayor de Abu Simbel.

1. *Vista del templo funerario de Ramsés, Tebas, orilla occidental.* (Hirmer Fotoarchiv München.)

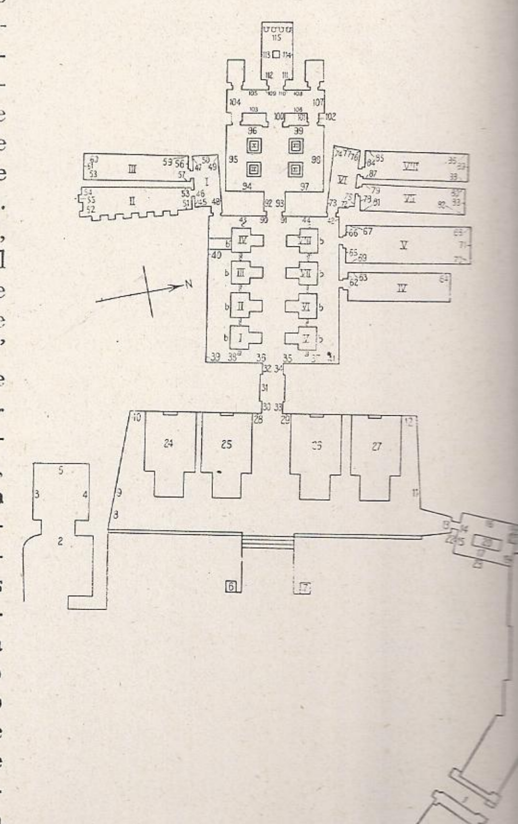
2. *Abu Simbel, planta del templo.* De Baedeker, Egipto, 1929.

preocupado por las exigencias de un plantel de operarios del estado adscriptos a las canteras de piedras de las que se extraían y se modelaban las estatuas para los templos de Menfis, Heliópolis y Tanis. Cumplida una inspección personal en el lugar, el soberano dirige una alocución a los obreros que denota una actitud sintomática de la actuación real: el plegarse a la comprensión de las necesidades de los artesanos y de los obreros comunes. Este aspecto, realmente nuevo en la historia social del Egipto antiguo, está ya documentado en una inscripción de Seti I y confirma la línea de perfecta continuidad política del hijo. No se excluye el hecho de que la intervención del soberano se debiera a precisas reivindicaciones o a una situación irregular, pero, entre ambas hipótesis, la obra clarificadora elimina todo eventual malhumor. Ramsés se dirige a los obreros reconociendo, antes que nada, los méritos ya de los más hábiles: "vosotros, especialistas y técnicos calificados que talláis para mí numerosos y diferentes monumentos"; ya de los más humildes: "vosotros ,bravos jóvenes, que nunca os cansáis, y que insistís cada día en la fatiga, cumpliendo vuestro deber". A la estimación, sigue luego la declaración de las medidas de las que se beneficiarán: "Yo proveeré vuestras exigencias de todo tipo, de modo que podáis trabajar para mí con corazón amante." Luego, con el modo de proceder típicamente egipcio, que revela la minuciosidad de la práctica burocrática, se catalogan los bienes: "Para vosotros, he llenado las tiendas con todos los productos: panes, carne y dulces para vuestra sustentación; sandalias, indumentos y numerosos ungüentos para que podáis untaros la cabeza cada diez días, para que podáis cambiaros de ropa cada año y vuestros pies estén siempre sólidamente calzados. Ninguno de vosotros se abatirá acuciado por la necesidad. He empleado a numerosos hombres para vuestras provisiones, cazadores de pájaros y pescadores para que os traigan pájaros y peces, también entre los hortelanos para que os traigan verduras y artesanos que os modelarán recipientes para refrescarse con agua durante el verano. El Alto Egipcio navega para vosotros hasta el Delta y el Delta navega para vosotros hacia el Alto Egipto con espelta, cebada, trigo, lentejas, habas sin límite. He hecho todo esto para que vosotros trabajéis y prosperéis por mí con corazón único." Sólo una política semejante, de constante vigilancia de las condiciones de eficiencia de las canteras de trabajo podía asegurar el cumplimiento del grandioso plan de obras iniciado por Ramsés.

El tratado

Con el correr de los años, la contienda en-

tre el imperio egipcio y el hitita se mostraba cada vez más estéril para ambos adversarios. Agravando el panorama, nuevas fuerzas amenazaban desde oriente, principalmente Asiria, obligando a Hattusil a combatir en dos frentes. Todos estos factores confluyeron gradualmente para que se llegara a una conciliación y a un acuerdo recíproco entre las grandes potencias concretado en el año veintiuno de Ramsés. La propuesta había partido, obviamente, del rey hitita y el Faraón tuvo la cordura de intuir que un tratado constituiría una firme hegemonía bilateral sobre todo el arco de Asia anterior. Desde el punto de vista egipcio significaba ciertamente una disminución de prestigio, un decaimiento de la política de absolutismo universal, pero el juego político del momento exigía sacrificio y adaptación. Para el egipcio medio, el Ramsés que no rechazaba la mano extendida de Hattusil era siempre el Ramsés de la jornada de Qadesh, el campeón que había sabido ser terrible en la furia de la guerra, pero que ahora sabía ser magnánimo en las actividades de paz. Debido a excepcionales y fortuitas circunstancias, el texto del tratado internacional, el más antiguo que se conoce, ha sido encontrado en ambas redacciones. La versión egipcia se conserva en Tebas sobre una estela del templo de Karnak; la hitita, sobre una tablilla de arcilla descubierta en el archivo de la antigua capital, hoy Boghaz-Keui. La versión hitita es menos extensa que la egipcia, pero ambas concuerdan en los puntos fundamentales. Aquí, se siguen los parágrafos principales de la redacción egipcia. El documento se abre con un protocolo que refiere el tiempo y el lugar de la propuesta de alianza hecha por Hattusil a Ramsés. Este preámbulo no aparece en el texto hitita. "El año 21, primer mes de invierno, día 21, bajo la Majestad del Rey del Alto y Rey del Bajo Egipto, Usimara-setepenra, el hijo de Ra, Ramsés amado de Amón al que se le concedió la vida en eterno y para siempre." Se precisa que en aquel día, el Faraón se encontraba en la capital del norte, la ciudad residencial que se había hecho construir y que llevaba su nombre, Pi-Ramsés, y que es ubicable cerca de Tanis o en un suburbio de la misma Tanis. Allí tuvo lugar el encuentro de los diplomáticos egipcios con los emisarios de Hattusil, quienes sometieron al examen del soberano un proyecto del tratado redactado en acadio, la lengua diplomática de la época, sobre una tablilla de plata. El documento efectivo comprende en primer lugar un repílogo que evoca el estado de guerra en tiempos de Muwatalli y luego la política de acercamiento que culminaba en el tratado en cuestión. "He aquí que yo, gran jefe de Hatti, estoy en buena paz y fraternidad con Ramsés, amado de Amón, el gran so-



berano del Egipto. Y los hijos de los hijos del gran jefe de Hatti vivirán en paz y fraternidad con los hijos de los hijos de Ramsés, amado de Amón, el gran soberano de Egipto, permaneciendo en nuestra situación de paz y, permaneciendo en nuestra situación de fraternidad. Y el país de Egipto y el país de Hatti vivirán en paz y fraternidad como nosotros para siempre y no habrá más hostilidades entre ellos para siempre." Como cláusula lógica se postula un pacto de no agresión que establece el respeto de las recíprocas áreas de soberanía. "El gran jefe de Hatti no penetrará jamás en el país de Egipto para devastar, y Usimara-setepenra, el gran soberano de Egipto, no penetrará jamás en el país de Hatti para devastar." Se pasa luego a la formulación de la alianza defensiva, primero en favor del Egipto. "Si otro pueblo enemigo llega al país de Usimara-setepenra, el gran soberano de Egipto, y éste manda decir al gran jefe de Hatti: 'Ven conmigo para ayudarme contra ellos', el gran jefe irá hacia él, y matará a su enemigo. En caso de que el gran jefe no tenga deseos de venir, enviará a su infantería y a sus tropas de carros y matará al enemigo." La misma cláusula se repite en favor de Hatti. El documento se ocupa luego de la extradición de los refugiados políticos, también aquí, primero en lo que respecta a Egipto: "Si algún grande huye del país de Egipto y llega al país del gran jefe de Hatti, o si una ciudad o un distrito pertenecientes a los territorios de Usimara-setepenra, el gran soberano de Egipto, llegan al país del gran jefe de Ratti, el gran jefe no los recibirá. Los hará deportar a Usimara-setenpera, el gran soberano de Egipto, su señor." Sigue la misma fórmula en favor de Hatti. Luego se invocan como testigos del pacto a las principales divinidades hititas y egipcias. Entre las primeras figuran el dios del sol y el dios de la tempestad, localizables en los respectivos centros del culto anatólico, y entre los sengundos, Ra, Amón y Setekh. Tampoco se omiten en la enumeración a las fuerzas cósmicas abstractas: el cielo, la tierra, el mar, los vientos, las nubes. El documento contiene también una cláusula conminatoria contra los eventuales transgresores del tratado: "Con respecto a todas las palabras escritas sobre esta tablilla de plata del país de Hatti y del país de Egipto, aquellos que no las cumplieran, los millares de dioses del país de Hatti y los millares de dioses del país de Egipto destruirán su casa, su tierra, sus siervos." Al final se describen las representaciones de los sellos reales de Hattusil, que aparecen en el centro de la tablilla, al revés y al derecho. Ramsés dio su aprobación al documento, hizo confeccionar uno igual al que colocó su propio sello y lo envió al jefe hitita. Los textos de que disponemos son copias (la egipcia está adaptada a las exigencias de trasposiciones sobre un monumento conmemorativo) provenientes de las respectivas cancillerías. El tratado revela, en primer lugar, una elaborada y atenta práctica diplomática, a tal punto que constituye para los estudiosos de diplomacia un modelo paradigmático que denota el alto nivel alcanzado en las relaciones internacionales. Pero el mayor interés reside por cierto, no tanto en el aspecto formal como en el aspecto sustancial. El documento sanciona inequívocamente la igualdad absoluta de las partes, sobre un plano de soberanía idéntico en el ámbito de los países particulares. No se trata de un pacto amistoso entre dos soberanos, sino de un acto de plena colaboración entre dos naciones. En efecto, el tratado no vincula solamente a los suscriptores sino a sus descendientes. La eventual violación del pacto se convierte en crimen de carácter religioso cometido contra los dioses nacionales que garantizan la relación. Aun en este punto se ha logrado el equilibrio de fuerzas: por un lado el bloque de las divinidades hititas, por otro, el de las divinidades egipcias. Con respecto a Egipto, ésta es una nueva formulación, tanto en el plano de la concepción de la realeza, como en cuanto a la especulación teológica, por cuanto el absolutismo teocrático, fundamento de la monarquía egipcia, debía reconocer la existencia de dos potencias igualmente soberanas. En último análisis, la mayor transformación en la concepción de las relaciones internacionales es el descubrimiento y la consciente aceptación por parte del Egipto de Ramsés de las ventajas de un equilibrio entre los dos imperios. Perfectamente soberanos en la conducción de los asuntos de política interior, los imperios hitita y egipcio aceptaban en el plano de las relaciones exteriores un punto de encuentro común destinado a asegurar la mayor estabilidad posible. Si en el documento no se define la línea de demarcación entre los dos imperios, está implícito, por lo tanto, que este límite era conocido y aceptado por ambas partes. Evidentemente, el tratado tuvo una gran repercusión a nivel internacional, obteniendo justamente el efecto deseado. Una confirmación de la validez del pacto nos llega también de una tablilla del archivo de Boghaz-Keui. Se trata de una copia traducida al acadio de una carta de Ramsés —adviértase cuán activas y documentadas fueron las cancillerías diplomáticas— al rey de Mira, un país desconocido. Agotados los cumplidos protocolares, el Faraón dice: "El texto del juramento con el gran rey, el rey de Hatti, mi hermano, está depositado a los pies del dios Teshub. Los grandes dioses son sus testigos. Yo respetaré mi juramento y no lo violaré. No prestaré oídos a la falsedad que habéis urdido, no es verdadero. En cuanto a la buena relación de fraternidad que mantengo con el gran rey, el rey de Hatti, la conservaré por toda la eternidad." Los presupuestos son claros. Evidentemente, al rey de Mira se le había referido que la alianza egipcio-hitita estaba, al menos, en discusión, por lo que Ramsés se apresura a desmentir confirmando la validez del pacto. Este documento nos informa además que la sacralidad del pacto se consideraba garantizada también materialmente por el hecho de que los dos documentos originales habían sido depositados "a los pies" de las respectivas divinidades solares de ambos países. También se lee una referencia al tratado en una copia traducida al acadio, siempre proveniente del archivo hitita, de una carta de felicitación enviada por la reina Nefertari, la gran esposa de Ramsés, a Puduhipa, reina de Hatti. La soberana de Egipto, que responde a una carta anterior de la "hermana", se complace "de la relación de buena paz y de la relación de buena fraternidad en la que se encuentra el gran rey, el rey de Egipto, con el gran rey, el rey del país de Hatti, su hermano." La importancia política de la reina de Hatti se pone de manifiesto, por otra parte, en el hecho de que las cartas dirigidas por Ramsés a Hattusil eran transmitidas en copias a la reina Puduhipa, según lo que nos revela el archivo hitita. Una última consideración: en el plano internacional, el tratado representó para Ramsés una directiva política precisa, un compromiso mantenido, mientras en el plano interno, la tradición absolutista conservaba ventajas. Tenemos prueba de esto en algunas inscripciones de carácter monumental, posteriores al tratado, que muestran todavía a un Ramsés triunfante sobre el país hitita, de acuerdo a un esquema que, en rigor, debía de haberse abandonado. Y téngase en cuenta que tales documentos no trataban de revocar la batalla de Qadesh, ciclo histórico ya cerrado, sino proyectar un anacrónico triunfo considerado actual. Las exigencias de la política interna eran, evidentemente, otra cosa.

Matrimonio diplomático

Después de la batalla de Qadesh, el acontecimiento del reino al que Ramsés dio mayor publicidad fue el matrimonio con la hija del rey hitita realizado en el año XXXIV del reino. La edad del soberano debía acercarse a los cincuenta. Se conservan cuatro copias del documento conmemorativo, pero el número de copias "publicadas" en los principales centros del imperio fue muy superior. El hecho no era nuevo en la historia política egipcia: dos princesas del reino de Mittani habían pasado al harén de Amenofis III. Pero en este caso la boda representaba un corolario apropiado para el tratado, una manera de asegurar las ligazones políticas en un plano todavía más unificador. En el ambiente egipcio, el acontecimiento fue utilizado para realizar una propaganda elogiosa del soberano. Aunque enmarcado dentro del respeto a la sobe-

1



2

1. *Nefertari, juego del zenet. Luxor, Valle de las Reinas.* (Borromeo.)

2. *Nefertari y la diosa Maat. Luxor, Valle de las Reinas.* (Borromeo.)

ranía hitita y al tratado, el tono del documento está construido en función de la gloria de Ramsés. Es justamente en el curso de estos años cuando la exaltación del soberano se hace más masiva. Con tono solemne, el documento capta los signos del estado de hostilidad entre las dos potencias. "Los grandes príncipes de todos los países extranjeros sentían hablar de las cualidades misteriosas de su Majestad. Estaban temblorosos y temerosos. El terror por su Majestad estaba en sus corazones, mientras exaltaban sus glorias y cantaban alabanzas a su bello rostro. Todos los países extranjeros se rendían humildemente a los pies de este rey benéfico, excepto aquel país de Hatti. Él no se comportaba como los otros príncipes." Ésta era la culpabilidad hitita, y, como consecuencia, la cólera de Ramsés se abate sobre él. "Entonces su Majestad preparó su infantería y sus carros, para que pudieran atacar la tierra de Hatti. Él se enseñoreó sólo a la vista de todo su ejército y se hizo un nombre eterno." Se siente todavía vibrar el tono del "Poema de Pentaur". Al rey hitita no le quedaba otra alternativa que pedir la paz: "Aleja tu brazo despiadado. Déjanos respirar el soplo de la vida. Tú eres realmente el hijo de Setekh. Él te ha destinado el país de Hatti y nosotros te llevaremos tributos de la especie que quieras. Llevaremos ofrendas hasta tu noble palacio. Mira, estamos a tus pies, ¡oh rey victorioso!" Pero el Faraón desdeñoso no escucha las súplicas. Situación muy lejana de la realidad histórica, como se ha visto, pero mucho más eficaz a los fines de la exaltación del gran soberano. A los desastres militares, se suma la sequía. Como tentativa extrema, el rey hitita comunica al consejo de estado la decisión de enviar su hija mayor como esposa al rey de Egipto, acompañada de un grandioso tributo de oro, plata, esclavos, caballos, bueyes, cabras, carneros. La noticia llega al Faraón: "El gran rey de Hatti te envía su hija mayor, con abundantes tributos de todo tipo. Ellos pasarán montañas difíciles y pasos fatigosos. Están por llegar a la frontera de tu Majestad. Envía al ejército y a los notables para recibirlos." Cuando la delegación egipcia ha partido, el soberano se muestra preocupado: "¿Qué sucederá con aquellos que he enviado y que viajan en misión hacia Siria, en estos días de lluvia y de nieve propios del invierno?" Esta preocupación, que revela un sentimiento netamente humano, ofrece al redactor el pretexto para insertar en la narración el acontecimiento prodigioso que se produce de manera sobrehumana, de acuerdo con un esquema ya utilizado en otros documentos de emanación real de la misma época. El traspaso sucede naturalmente: "Entonces él hizo una gran ofrenda a su padre suplicándole en estos términos: 'El cielo está en tus manos, la tierra bajo tus pies y lo que tú ordenas se hace. Detiene la lluvia, el viento helado y la nieve hasta que hayan llegado las maravillas que tú has ordenado para mí'." Su padre Setekh hizo cuanto él le dijo. El cielo fue clemente y hubo días de verano durante aquel invierno. Sus soldados y sus notables estaban alegres y sus miembros estaban sueltos y sus corazones en alegría. El milagro aumenta la exaltación del encuentro de las dos delegaciones, en una atmósfera de cordialidad entre antiguos enemigos. "La hija del gran príncipe de Hatti descendía hacia Egipto, mientras la infantería y los cuerpos de carros y los notables de su Majestad la escoltaban ,mezclados a la infantería y a los carros de Hatti. Comían y bebían en común, siendo de un solo corazón, como hermanos, sin perturbarse entre sí." El fabuloso cortejo llegó a la ciudad residencial donde Ramsés acogió a la esposa, encontrándola de su agrado. "Entonces su Majestad vio que ella era bella de rostro como una diosa. Así, ella era bella en el corazón de su Majestad y él la amó más que a ninguna otra cosa. Luego su Majestad dispuso que se creara un nombre para ella, como esposa del rey: Maat-neferu-Ra (Aquella que ve la belleza de Ra), la hija del gran príncipe y de la gran princesa de Hatti." Para que no quedaran dudas sobre las ventajas de este matrimonio político, se concluye: "Así fue como, si un hombre o una mujer iban en misión a Siria, podían llegar al país de Hatti sin ningún temor en el corazón, a causa de las grandezas de las victorias de su Majestad." Despojada de la forma literaria, que es, sin embargo, altamente indicativa de todo un típico ambiente cultural, la estela del matrimonio demuestra de qué modo se ha dado al acontecimiento, por parte egipcia, el tono de un reconocimiento de subordinación por parte del rey hitita. Todo esto sucedía, en realidad, de acuerdo con lo establecido en el tratado, pero debe señalarse su adaptación política en el interior del país.

Monumentos eternos

Ya se tuvo ocasión de aludir al grandioso plan de obras arquitectónicas promovidas por Ramsés. Particularmente después de la estipulación del tratado, a continuación de la reducción de la actividad militar, el impulso a la actividad edilicia alcanzó un ritmo de producción muy fuerte, sin precedentes y que no volvería a repetirse. Aún hoy, visitando las ruinas de Egipto y de Nubia, nos sentimos, por decirlo así, obsesionados por las representaciones omnipresentes de Usimara-setepenra, Ramsés amado de Amón. Aun desde el punto de vista escultórico, los datos son prodigiosos. Debemos imaginar a Egipto y Nubia convertidos en enormes canteras de mineros, albañiles, escultores, pintores, leñadores, fundidores, orfebres, picapedreros. Un frenesí febril que a distancia de siglos nos deja perplejos. Es cierto que Ramsés tuvo un reino muy largo e indudable capacidad de gobierno, sin embargo, tampoco este aspecto, que se relaciona con su capacidad organizadora y planificadora, debe ser subestimado. Por lo menos, debemos considerar con respeto el coraje y la constancia para planear y llevar adelante exitosamente decenas y decenas de grandes empresas —algunas colosales— al mismo tiempo, a veces en arduas condiciones de trabajo. Si se midiese la importancia de un rey por el número y el volumen de sus monumentos, por cierto que Ramsés ocuparía el primer puesto entre los soberanos del antiguo Egipto. Las construcciones de las grandes pirámdies del Imperio Antiguo de Menfis habían requerido una probada capacidad organizativa, pero la mayor parte del trabajo se concentró en un solo monumento, si bien de un tamaño más que imponente. El gusto por lo grandioso, lo colosal, lo espectacular fue un rasgo predominante de la producción arquitectónica de la época de Ramsés. Ya bajo Amenofis III se había registrado una tendencia similar, pero ahora se superan en mucho los límites precedentes. Esta aspiración a la forma macroscópica, que se concreta justamente en la estatua colosal del soberano, es fruto de una precisa directiva del mismo destinatario. El ideal de potencia se expresa en una masa que sobresale y amenaza, si bien las formas rígidamente compuestas de los cánones imprimen al conjunto un sentido de majestad más que de amenaza. En obras menores o en las efectuadas por obreros menos hábiles, la corpulencia adquiere rasgos grotescos. Por otra parte, los colosos eran concebidos no por sí mismos, sino para ser insertados en un contexto monumental adecuado, como las entradas monumentales o los grandes espacios de los templos. Pero aun bajo esta visual, su función es la de expresar una potencia tangible. Que el ideal del coloso estuviese además impregnado de fuerza sagrada, se deduce de la comprobación de que los monumentos eran designados con nombres divinos y algunos recibían culto. Este último aspecto entra en el cuadro más genérico del culto al soberano y a su nombre, que bajo Ramsés adquiere las formas más exasperantes. Valga un ejemplo: algunos relieves del templo de Abu Simbel nos muestran a Ramsés como rey haciéndose una ofrenda a sí mismo como dios. Este esquema sin precedentes no puede haber surgido por casualidad, sino que denuncia una precisa directiva político-religiosa. Para complementar estos caracteres dominantes de la producción monumental religiosa, es necesario señalar un aspecto técnico, no nuevo, pero aplicado ahora en gran escala: la reutilización y la usurpación de monumentos preexistentes, muchos de los cuales fueron transportados a lugares lejanos de donde se levantaron originariamente. Sin embargo, debe tenerse en cuenta

1

1. La reina Nefertari, Abu Simbel, templo mayor.

2. Dos hijos de Ramsés. Abu Simbel, templo mayor.

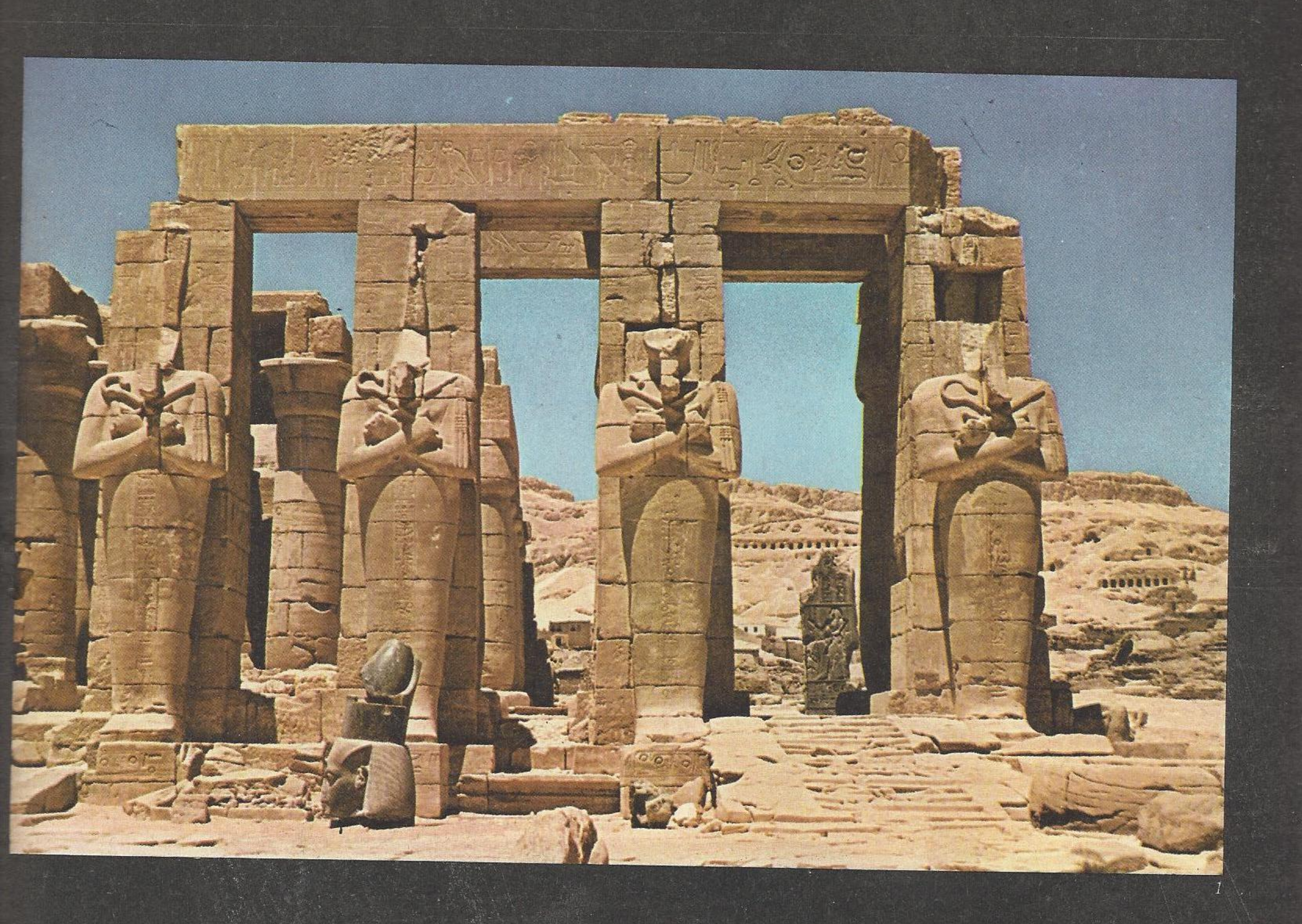


2

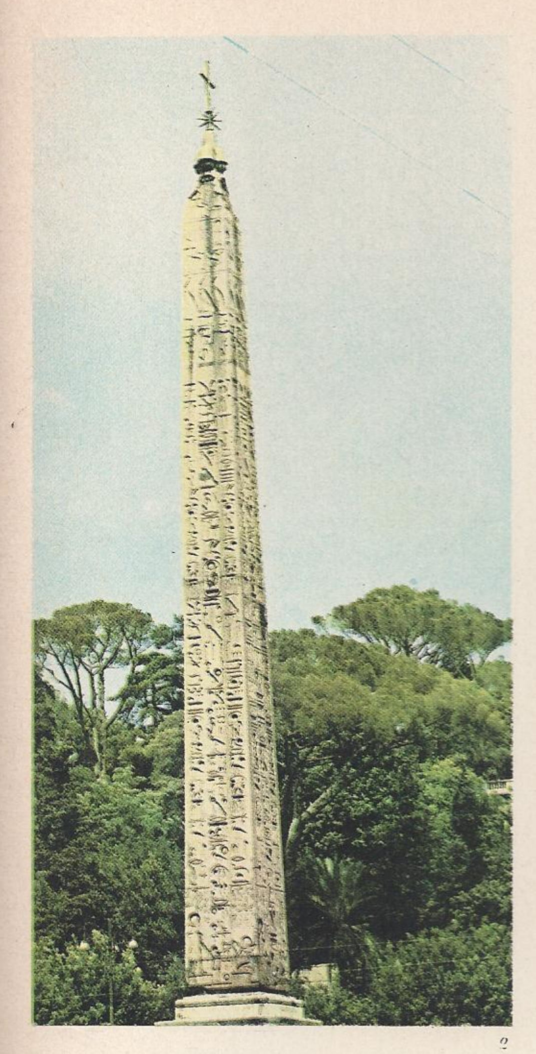
1. Pilares osiríacos del templo funerario de Ramsés. Tebas, orilla occidental.

2. Obelisco del templo de Heliópolis. Roma. Plaza del Pueblo.

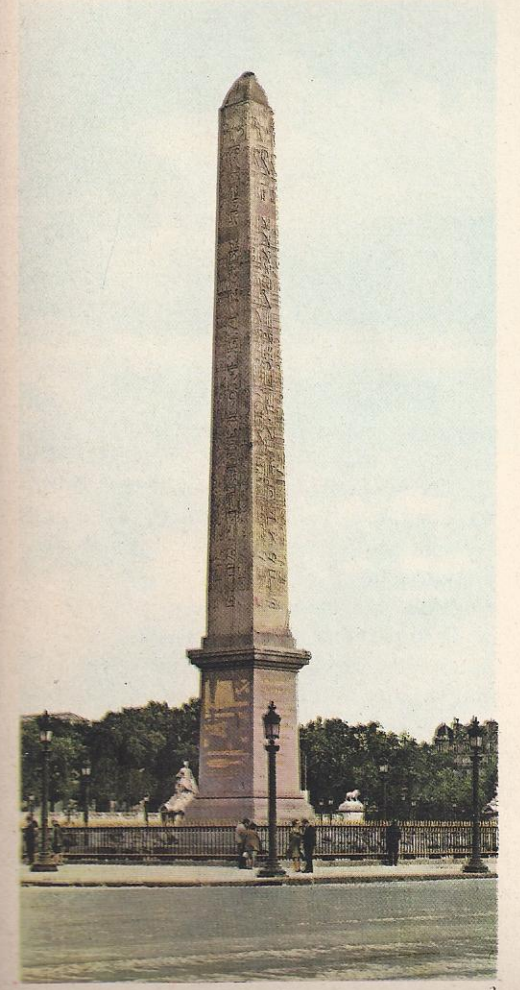
3. Obelisco del templo de Luxor. París, Plaza de la Concordia.



1



2



3

que el fenómeno de la usurpación podía tener una justificación religiosa en cuanto un monumento vetusto y olvidado era revivificado en un nuevo lugar, mediante la atribución al Faraón viviente. En otros casos, lo sagrado se perpetuaba utilizando en los cimientos elementos de un edificio religioso más antiguo. Esto no impide que la reutilización estuviera dictada también por exigencias prácticas y económicas.

Particular atención se dedicó a los edificios religiosos de Tanis, la ciudad originaria de la dinastía. Para dotar a la ciudad de templos grandiosos, que no desmerecieran ante los mayores santuarios del país, se procedió al saqueo a gran escala, de los edificios de la zona menfita. La expoliación se concentró principalmente en monumentos de granito: estatuas, pilares, columnas, arquitraves. Con la ayuda de elementos recabables de las inscripciones-dedicatorias precedentes se han podido individualizar monumentos del Imperio antiguo pertenecientes al antiguo templo de Ptah en Menfis o a los templos reales funerarios de Giza y Saqqara.

Junto a los accesorios monumentales del templo mayor de Tanis, Ramsés hizo construir diez obeliscos de altura mediana (entre 10 y 15 metros) con una serie de inscripciones elogiosas. Se conocen, además, restos de estatuas colosales. Una de éstas, que debía medir 17 metros de altura, terminó siendo utilizada por una especie de retorsión, como material fundido en la puerta de la ciudad construida en edad posterior. En los edificios religiosos de Tanis tuvieron lugar también los cultos del Cercano Oriente, entre los que se contaban el de la diosa Anat o Astarté. Mucha importancia tenía también la ciudad oficial en la que el soberano residía gran parte del año: la fabulosa Pi-Ramsés ("La casa de Ramsés") edificada intencionalmente *ex novo* para servir de centro directivo de toda la vida política nacional. Aquí, en el palacio nacional denominado "Excelso de victorias" se recibían las delegaciones extranjeras y sobre todo, se trataban los asuntos concernientes a las relaciones con el mundo mediterráneo. De Pi-Ramsés, cuyos palacios residenciales eran construidos normalmente con materiales perecederos, no queda otra cosa que el recuerdo literario en los elogios de los escritores de la corte: "La fortaleza que está en su centro alcanza el límite del cielo." No sólo todo el distrito era celebrado por la abundancia y la variedad de los productos naturales, sino por la presencia de los elementos más refinados y exóticos procedentes de todo el imperio. "Las naves atracan en el puerto. Todos los días hay víveres y vituallas. La alegría reside en ella y ninguno dice: ¡Ay, si hubiera!" El embellecimiento de Tanis con monumentos provenientes del área menfita no implicó el abandono de interés por el lugar que había sido centro religioso y político del Antiguo Imperio. En Menfis, Ramsés invistió a uno de sus hijos, llamado Khaemwese, del cargo de sumo sacerdote de Ptah. Éste se mostró particularmente activo en el cuidado del famoso sepulcro subterráneo del toro Apis, considerado encarnación del dios epónimo. Para dos toros, muertos respectivamente en los años XXX y LX del reino, fueron preparados dos grandiosos complejos de catacumbas. Otra prerrogativa de Khaemwese fue la de celebrar en Menfis, la ciudad que tradicionalmente representaba la unión simbólica del Valle y del Delta, las fiestas del jubileo de su padre, bajo el patrocinio del dios Ptah. El jubileo del Faraón o fiesta *sed,* se celebraba al terminar el año XXX del reino y se repetía sucesivamente cada tres años. Consistía en la renovación del rito de la coronación efectuado con la intención de aumentar el potencial de realeza del soberano. La presencia de los infaltables colosos está testimoniada en Menfis por dos ejemplares que adornaban originariamente el acceso meridional al templo del dios local. El ejemplar mayor, en piedra caliza, tenía cerca de 15 metros de alto y el ejemplar menor, en granito, la mitad del anterior. Este último ha sido trasladado recientemente a El Cairo. Por lo que se puede saber, en la ciudad de Heliópolis, Ramsés se limitó a terminar las inscripciones de un gran obelisco del padre Seti I, que fue transferido a Roma en la época imperial y que actualmente está en la plaza del Pueblo. Ya se ha aludido a la conclusión de las obras del templo de Abidos, que quedara incompleto a la muerte de Seti I. En Tebas —la capital religiosa— las obras estuvieron a la altura de la magnificencia de la ciudad y de la grandeza del reino. En el máximo templo de Egipto, el del dios Amón, Ramsés llevó a término la gigantesca obra iniciada por su padre, la sala hipóstila, verdadero bosque de columnas —de 20 metros de alto, las de la sala central y de 15 metros de alto las otras— que todavía confieren al conjunto ese sentido de materialidad oprimente, que se encuentra en los colosos. Sobre los muros externos figura una copia del poema de la batalla de Qadesh y del tratado con los hititas. En el templo de Luxor se levantó el primer pilar monumental y el patio peristilo. Delante del pilar, decorado con escenas y textos relativos a la epopeya de Qadesh, se erguían seis estatuas colosales del Faraón, tres por parte, y dos obeliscos de los cuales uno permanece todavía allí y el otro fue transferido a París, y está ubicado en la Plaza de la Concordia. Las intercolumnas del patio peristilo están abrumadas por otras altas estatuas macizas de Ramsés que indican abiertamente la tendencia a la megalomanía arquitectónica. Análogamente a sus predecesores del Imperio Nuevo, Ramsés hizo preparar para sí sobre la orilla occidental, una tumba en el Valle de los Reyes y un templo funerario en el límite de las tierras cultivadas. La pri-

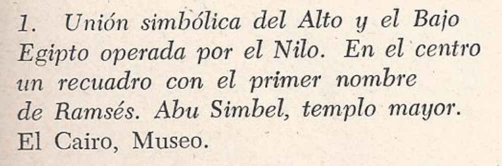
mera, aunque muy extensa, no presenta ningún interés particular, pero el segundo, denominado comúnmente Ramesseum, ya era celebrado en la antigüedad clásica. Si bien ha llegado hasta nosotros muy mutilado, este complejo presenta una planificación aún legible y algunos elementos importantes todavía intactos. Se conserva parte del vasto recinto que encierra un grupo de construcciones en ladrillo, destinadas a los servicios del templo. Los relieves del primer pilón vuelven a evocar la jornada de Qadesh y otras campañas de Siria. En el primer patio se erguía el coloso de granito, el Osymandia de Diodoro, cuya altura originaria era de 17 metros y del que se conserva un informe e impresionante pedazo. Sobre el lado oeste del patio se accedía a un palacio residencial, o mejor dicho al simulacro de un palacio, por cuanto todo el conjunto estaba destinado al culto funerario. En la planificación del palacio, se puede localizar la sala hipóstila de las audiencias y la sala del trono. Dirigiéndose en sentido axial se llegaba a un segundo patio precedido de pilares osiriácos, es decir, representando al soberano identificado con el dios de los difuntos, Osiris. La siguiente sala hipóstila comprendía originariamente cuarenta y ocho columnas. La parte interior del templo está muy deteriorada.

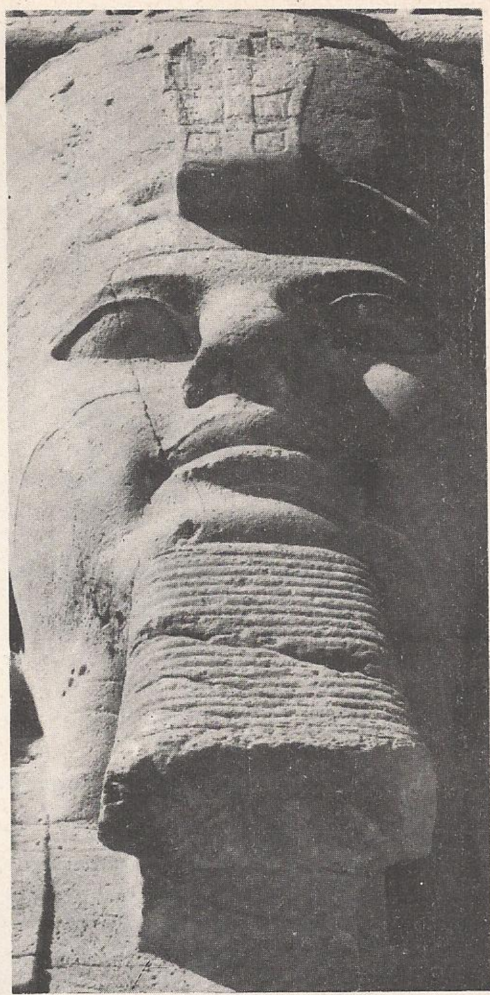
De acá proviene una importante lista de soberanos enterrados en orden cronológico, ahora en el British Museum. La lista estaba en relación con el culto a los predecesores. Para la preparación de las sepulturas de los familiares de Ramsés se eligió un nuevo sitio en la montaña tebana, llamado ahora Valle de las Reinas. La más conocida de todas las tumbas es la de la reina Nefertari, que conserva gran parte de la decoración pintada. El estilo de los temas tratados se adapta a un academicismo formal, rígidamente ligado a la temática religiosa funeraria; sin embargo, el efecto cromático aparece dosificado con propiedad y precisión. Una tendencia a la superación del formalismo se advierte en la caracterización del rostro de la reina Nefertari.

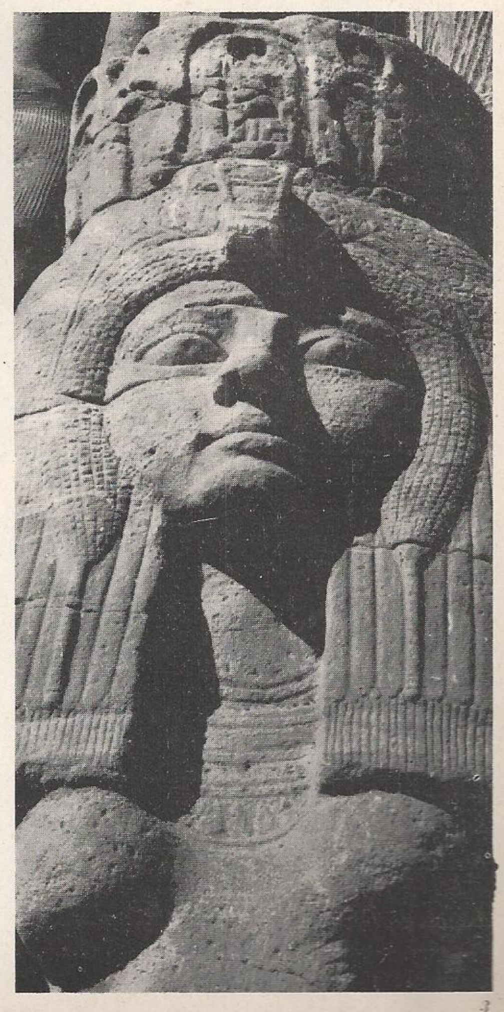
En Nubia, la obra de propaganda política y religiosa se concreta en la construcción de seis grandes templos. Algunas inscripciones de estos mismos templos documentan intervenciones del soberano contra poblaciones nubias rebeldes, pero se trata de expresiones genéricas, sin datos cronológicos precisos, por lo que se tiene la impresión de que muchas victorias han sido narradas *ad abundantiam*. Prescindiendo de este aspecto, la realización misma de estas obras arquitectónicas demuestra un preciso interés de presencia concreta en este sector del imperio del que provenían metales preciosos y productos tropicales. Dada la naturaleza del terreno, caracterizado por una serie de bancos de arena en medio de los cuales el Nilo ha cavado su lecho, la construcción de los templos debió plegarse a las exigencias de un tipo de construcción apto, es decir, cavado en la roca. Los dos templos de Abu Simbel —de los que tanto se ha hablado en los últimos años, porque han debido dislocarse como consecuencia del nuevo dique de Assuan— ejemplifican la máxima realización de este tipo de arquitectura monumental.

Es universalmente conocida la espectacular fachada del templo mayor, que evoca esquemáticamente una pilastra dominada por las cuatro figuras colosales de Ramsés en el trono, esculpidas sobre la roca, con una altura de 30 metros. El elemento estatuario sobrepasa y triunfa sobre el elemento arquitectónico, llevando a consecuencias extremas la exaltación monumental del soberano. Si el aspecto técnico, que ha sabido mantener la exactitud de las proporciones sobre una escala tan gigantesca, nos admira, en el plano estético, la valoración de las formas expresivas, siempre tradicionales, es menos convincente. Los colosos de Abu Simbel simbolizan también la exaltación de la familia de Ramsés: a los lados de los tronos y entre las piernas de los colosos, en escala reducida, aparecen figuras de reinas, príncipes, princesas. A los lados del ingreso, bajo la amenaza de las masas impactantes, desfilan los prisioneros encadenados; del lado septentrional los asiáticos, del lado meridional, los negros. Ningún soberano de Egipto logró hacer expresar en modo tan elocuente la superioridad inaccesible del poder personal del Faraón. El ingreso al templo está dominado por un nicho dentro del cual está representado el dios solar Ra-Harakhte, con atributos que expresan en forma criptográfica, el nombre de Ramsés mismo: complacencia refinada en la exaltación propia. El templo fue dedicado a las mayores divinidades de Egipto: Amón, Ra-Harakhte, Ptah, a las cuales se asoció el remitente mismo, de acuerdo al plan de deificación del soberano, al que ya se ha aludido. La parte del hipogeo presenta inicialmente una gran sala rectangular, de 18 metros de ancho y 16,70 metros de largo, adornada con dos series paralelas de cuatro pilares osiriácos cavados en la misma roca. En las paredes, grandes composiciones con escenas de guerra, entre las que se encuentra la infaltable batalla de Qadesh, que presenta aquí particulares soluciones compositivas. Sigue una segunda sala con cuatro pilares, decorados con escenas religiosas, por la cual, a través de tres puertas, se accede a un vestíbulo que comunica con tres celdas; la central, con un pilar en el centro, presenta sobre el fondo la representación de las divinidades principales esculpidas en la roca. La profundidad del complejo es de 44 metros. El gran templo estaba ya totalmente construido en el año XXXIV, porque cuando se quiso publicar el gran acontecimiento del matrimonio con la princesa hitita, se esculpió una estela complementaria al sur de la fachada. El templo menor de Abu Simbel está dedicado a la diosa Hathor. En él se dio particular relieve a la reina Nefertari, que, en efecto, está representada en los grandes nichos de la fachada con proporciones idénticas a las de Ramsés. Los nichos son seis, cada uno contiene una estatua de 10 metros, divididos por la puerta de ingreso. En el centro de cada grupo aparece Nefertari al lado del Faraón. La parte del hipogeo consta de una sala cuadrada, con pilares, por la cual se accede al vestíbulo, en comunicación con tres celdas dispuestas en esquema cruciforme. En las cercanías de los templos de Abu Simbel no se han encontrado rastros de otros recintos, pero es muy improbable que un conjunto tan imponente no estuviese ligado a algún centro gubernamental o militar.

En las estatuas de tamaño aproximado al real se puede captar una imagen más humana de Ramsés. También en este caso la usurpación de monumentos anteriores ha exigido un severo trabajo de historiadores del arte y de epigrafistas para determinar qué monumentos podían atribuirse a los escultores del período de Ramsés. Entre las estatuas que con seguridad son contemporáneas, se puede advertir dos tendencias: una que representa a Ramsés con los rasgos finos y delicados y otra en la que el rostro asume un aspecto más macizo y pesado. La primera corriente, desarrollada en los años en que el soberano conservaba un aspecto juvenil, tiene su expresión más genuina y refinada en la estatua de granito conservada en el Museo Egipcio de Turín, proveniente del área tebana. La inspiración de este tipo idealizado se enlaza con la producción que precede al arte revolucionario de el-Amarna, en particular, con la estatuaria de Amenofis II. El rostro aparece caracterizado por una agudeza particular, con esquema triangular. Los ojos, tallados en forma de almendra, presentan párpados muy espesos; la nariz, más bien prominente, parece idéntica a la del padre representado en los relieves de Abidos; la boca sonríe, con las extremidades levantadas. La forma particular de la nariz aquilina de Ramsés aparece también en su momia, llegada hasta nosotros por una serie de singulares circunstancias, y que se conserva en el Museo de El Cairo. Sentado sobre un trono cúbico, tiene sobre la cabeza el casco de guerra o "corona azul" y empuña con la mano derecha un cetro. Los vestidos comprenden una camisola con mangas acampanadas, al que se le superpone una túnica plegada sobre la espalda izquierda y adelante, una falda con la parte anterior rígida, de forma trapezoidal: los pliegues fueron hechos con gusto caligráfico. A los lados del trono, en escala reducida, aparece la reina Nefertari y un hijo. Otro busto, que presenta algunos puntos de contacto con el anteriormente examinado, proviene de Tanis y se encuentra en el Museo de El Cairo. El rostro aparece más redondeado, impresión que se acentúa por la forma particular de la peluca







1. *Unión simbólica del Alto y el Bajo Egipto operada por el Nilo. En el centro un recuadro con el primer nombre de Ramsés. Abu Simbel, templo mayor.* El Cairo, Museo.

2. *Detalle de uno de los colosos de la fachada. Abu Simbel, templo mayor.*

3. *La reina Nefertari. Abu Simbel, templo mayor.*

que rodea al rostro. Las estatuas de la segunda tendencia parecerían influidas por la producción de los colosos, es decir, estarían inspiradas en un ideal de potencia. Por lo tanto, presentan una voluminosidad acentuada, largos planos faciales, mejillas rollizas, boca larga. Esta tipología aparece difundida sobre todo en los centros de producción del Delta.
La estatuaria privada se liga a los modelos y esquemas del período anterior, a la época de el-Amarna, con acentuada tendencia a un enriquecimiento de los detalles exteriores, compostura y atavíos, verdadero reflejo de las costumbres de una sociedad rica y refinada. En la realización de los rostros cabe hablar de búsqueda de perfección técnica antes que de sensibilidad artística. Gran parte de la producción denota una *routine* que hacia el final del reino se convertirá en un frío convencionalismo. Un débil reflejo del estilo de el-Amarna, se puede advertir en algunos relieves con figuras femeninas en movimentos, ágiles, de contornos esfumados.

La gran familia

El aporte del elemento familiar al largo reino de Ramsés no puede pasarse por alto debido a aspectos sociales, políticos y humanos. Como para todos los soberanos orientales, la concreción del poderío se fundaba en una descendencia numerosa. En este aspecto, Ramsés puede considerarse realmente feroz. Se le conocen ciento once hijos y cincuenta y un hijas. Si a esto agregamos las reinas oficiales y las concubinas, se descubre un pequeño estado dentro del estado. La gran familia está presente en las grandes construcciones religiosas, donde aparece representada en el momento de participar en las solemnes ceremonias presididas por el soberano. En otros casos, como se ha visto, algunos miembros favoritos lo acompañan en estatuas y colosos. La reconstrucción del árbol genealógico presenta algunos puntos oscuros, pero los elementos más importantes pueden fijarse con seguridad. Es necesario señalar que Ramsés demostró particular deferencia hacia la reina madre Tulla, que todavía vivía cuando se construyó el templo mayor de Abu Simbel. Los datos referentes a las esposas-reinas son de valoración más difícil. Dejando de lado la presencia normal de numerosas concubinas se ha podido establecer que durante gran parte de su reino Ramsés tuvo "dos grandes esposas reales" al mismo tiempo, hecho que constituye una excepción digna de ser subrayada. No se conoce la madre del hijo que figura como primogénito en las listas, Amenhiwenamef y que murió en edad juvenil. La primer "gran esposa real", la reina Isinofre, le dio cuatro hijos ilustres, tres varones y una mujer. El primero llevaba el nombre del padre y ocupó por muchos años el cargo de príncipe heredero. El segundo es Khaemwese, ya aludido, gran sacerdote de Ptah en Menfis. En época tardía, Khaemwese se convirtió en personaje de la literatura popular, como protagonista de prodigiosas aventuras. Ambos murieron antes que el padre. El tercero Merenptah, será el sucesor. La hija tenida con Isinofre, que lleva el nombre sirio de Bentanta, considerada la primogénita, recibió posteriormente el nombre de "gran esposa real"; lo que equivale a la posición, al menos formal, de esposa del padre. Esta situación anormal está testimoniada con otras dos hijas. La reina Nefertari fue la "gran esposa real" por antonomasia, recordada y reproducida en numerosos monumentos y presente también, como ya se ha dicho, en los documentos del archivo hitita. Ella dio a Ramsés por lo menos seis hijos, de los que cuatro fueron varones. El más conocido fue Amenhikhopeshef, cuya tumba es una de las mejores conservadas en el Valle de las Reinas. No se conocen los hijos del matrimonio con la princesa hitita. Los otros hijos que Ramsés tuvo con concubinas formaban un poderoso "clan" que se perpetuó por varias generaciones. Hijos y nietos declaraban con orgullo la descendencia del ilustre padre.

Declinación borrascosa

No se posee documentos específicos relativos a los últimos años del reino de Ramsés II. El clima de tranquilidad y de reposo determinado por el tratado fue efímero. En todo el Oriente estaba explotando un complejo fenómeno de migraciones de pueblos indeoeuropeos destinado a descomponer el equilibrio de las fuerzas políticas y comerciales. "Pueblos del mar" los llamaron los egipcios, cuando los vieron aparecer agresivos y avasalladores a lo largo del Mediterráneo, desde Libia al Asia anterior. Se conocen nueve grupos. Las primeras escaramuzas están documentadas en tiempos de el-Amarna, cuando el pueblo de Luka (o Lukki) incursionaba anualmente sobre Chipre. Dos de los "pueblos del mar" combatieron en la batalla de Qadesh en bandos opuestos: los sherden del lado egipcio y los lukas del lado hitita. Por algunos descubrimientos hechos en la zona de el-Alamein, sabemos que Ramsés había hecho construir una fortaleza, evidentemente para enfrentar una presión de los pueblos del mar por la frontera libia. Y la invasión sobrevendrá justamente por este sector en los primeros años del reino de su sucesor Merenptah. La violencia y la amplitud del movimiento están documentadas en Asia anterior, también en el plano arqueológico. Casi todas las ciudades de Anatolia y de Siria presentan, en correspondencia con este período, rastros de destrucción; algunas, como Ugarit, fueron definitivamente abandonadas. En el ámbito político la consecuencia más notable fue la caída definitiva del imperio hitita, dividido en una serie de pequeños estados anatólicos o sirios. Como consecuencia, también Egipto debió abandonar la ocupación de la faja sirio-palestina que por más de quinientos años había constituido un elemento de primer orden en el cuadro del imperio. Surgieron asentamiento estables como los de los frigios en Anatolia y los filisteos en Palestina y otros pueblos nómades, arameos, israelitas, boabitas, que habían permanecido al margen de los estados sedentarios, encontraron una ubicación definitiva. La invasión de los pueblos del mar coincidió también con una evolución fundamental en el campo de la cultura material: la total sustitución del hierro por el bronce en las armas y en los utensilios. La fuerza de las nuevas poblaciones se ligaba en gran parte a la superioridad material del nuevo tipo de armamento. Recientes estudios han establecido que los descubrimientos técnicos necesarios para la depuración y el temple del hierro se llevaron a cabo en el ambiente anatólico. De aquí la revolución técnica se expandió por todo el Mediterráneo oriental justamente a través de los "pueblos del mar", en el último cuarto del siglo XIII.
Ramsés II reinó hasta el límite de estos acontecimientos revolucionarios. Sus hijos y sus sucesores se verán obligados a una defensa cada vez más desesperada e inútil. Pero cuando el octogenario Ramsés II fue depositado en su "morada de eternidad", en el Valle de los Reyes, su figura pertenecía ya a la historia mitificada, a un ciclo glorioso, definitivamente cerrado.

Bibliografía

Obras generales

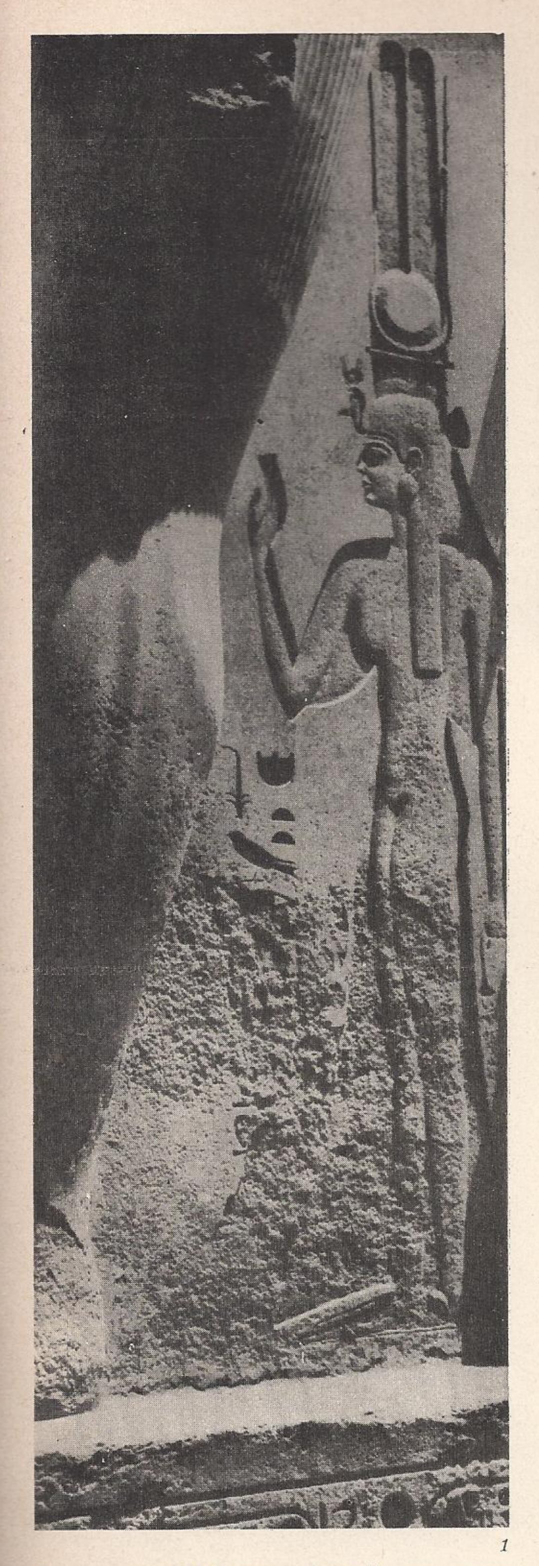
P. Montet, *La vie quotidienne en Égyte au temps des Ramsés*, París, 1946. C. Virolleaud, *L'Orient au temps des Ramsès*, en "L'Ethnographie", n. s. L. 1955, pp. 3-15. E. Drioton y J. Vandier, *Historia de Egipto*, Eudeba, Bs. As., 1964. A. Rosenvasser, *Las ideas morales en el Antiguo Egipto*, Bs. As., 1938.

Cronología

K. C. Seele, *The Coregency of Ramesses II with Seti I and the Date of the Great Hypostyle Hall at Karnak*, Chicago, 1940. R. A. Parker, *The Lunar Dates of Thutmose II and Ramesses II*, en "Journ. Near East. Studies", XVI, 1957, pp. 39-43.

Fuentes, textos y traducciones

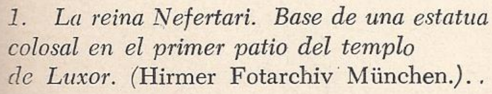
J. H. Breasted, *Ancient records of Egypt*, III, New York, 1906, pp. 251-568. H. Gauthier, *La grande inscription dedicatoire d'Abydos*, El Cairo, 1912. Ch. Kuentz, *La "Stelle du mariage" de Ramses II*, en "Ann. Ser. An. Eg", XXV, 1925, pp. 181-238. Ch. Kuentz, *La bataille de Cadech*, El Cairo, 1928, p. 34. P. Montet, *La Stele de L'an 400 retrouvée*, en "Kêmi", IV, 1931, pp. 191-215. C. E. Sander-Hansen, *Historische Inschriften der 19 Dynastie*, Bruselas, 1933. A. Hamada, *A Stela from Manshiyet 'Es-Sadr*, en "Ann. Ser. Ant. Eg.", XXXVII, 1938, pp. 217-230. R. O. Faulkner,



1

2

3

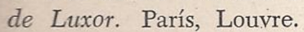


1. *La reina Nefertari. Base de una estatua colosal en el primer patio del templo de Luxor.* (Hirmer Fotarchiv München.). .

2. *Fachada del templo menor de Abu Simbel.*

3. *Fachada del templo mayor de Abu Simbel.*

4. *Cinocéfalos adorantes, del basamento de uno de los obeliscos del templo de Luxor.* París, Louvre.





4

1. Ramsés. El Cairo, Museo ("Tel". A. Vigneau).



1

The Battle of Qadesh, en "Mitt. Deut. Archäol. Inst. Kairo", XVI, 1958, pp. 93-111. A. H. Gardiner, *The Kadesh Inscriptions of Ramesses II*, Oxford, 1960.

Relaciones con el imperio hitita

S. Langdom - A. H. Gardiner, *The Treaty of Alliance between Hattusili King of Hittities and the Pharaoh Ramesses II of Egypt*, en "Journ. Eg. Arch", VI, 1920, pp. 179-205. J. Sturm, *Der Hettiterkrieg Ramses II*, Wien, 1939. A. Goetze, *A new letter fron Ramsses to Hattusilis*, en "Journ. Cuneif. Stud", I, 1947, pp. 241-251. E. Edel, *Die Rolle der Könifinnen in der ägyptisch-hethistischen Korrespondenz von Bogazköy*, en "Zeitschr Indogerm. Sprachwiss", LX, 1949, pp. 72-85.

Monumentos

W. M. F. Petrie, *Tanis*, 2 volúmenes, Londres, 1885-1888. J. E. Quibell, W. Spiegelberg, *The Ramesseum*, Londres, 1898. A. H. Gardiner, *The Delta Residence of Ramessides*, en "Journ. Eg. Arch", V, 1918, pp. 127-138, 179-200 y 242-271. C. Maystre, *Le tombeau de Ramsés II*, en "Bull. Inst. Fran. Arch. Or.", XXXVIII, 1939, pp. 183-190. J. Yoyotte, *Les steles de Ramses II a Tanis*, en "Kêmi", X, 1949, pp. 58-74; XI, 1950, pp. 47-62; XII, 1952, pp. 77-90; XIII, 1954, pp. 77-86. J. Leclant - J. Yovotte, *Les obelisques de Tanis*, en "Kêmi", XI, 1950, pp. 73-84. A. Alt, *Oie Deltaresidenz der Ramessiden, en Festschrift für Friedrich Zucher zum 70 Geburtstage*, Berlin, 1954, pp. 1-13. J. Vandier, *Manuel d'archeólogie égyptienne*, III, París, 1955, pp. 738-741-924-932-949-969. L. A. Cristhope, *Quelques remarques sur le grand temple d'Abou Simbel*, en "La rev. du Cairo", XLVII, 1961, pp. 303-333. Abraham Rosenvasser, *Tanis los trabajos de la Misión Montet*, en *Imago Mundi*, año I, nº 4, 1954, Bs. As., pp. 64-77.

Religión

G. Roeder, *Ramses II als Gott*, en "Zeitschr. Aeg. Spr.", LXI, 1926, pp. 57-67. J. J. Clère, *Nouveaux documents relatifs au culte des colosses de Ramses II dans le Delta*, en "Kêmi", XI, 1950, pp. 24-46. J. Yoyotte, *Les grans dieux et la religion officielle sous Séti I et Ramses II*, en "Bull. Soc. Fran. d'Eg.", III, 1950, pp. 17 a 22. B. Courover, *Dieux et fils de Ramses*, en "Rev. Bibl.", LXI, 1954, pp. 108-117.

Familia

L. A. Christophe, *Les temples d'Abou Simbel et la famille de Ramses II*, en "Bull. Inst. d'Eg.", XXXVIII, 1965, pp. 107-130.

El fascículo Nº 27 de

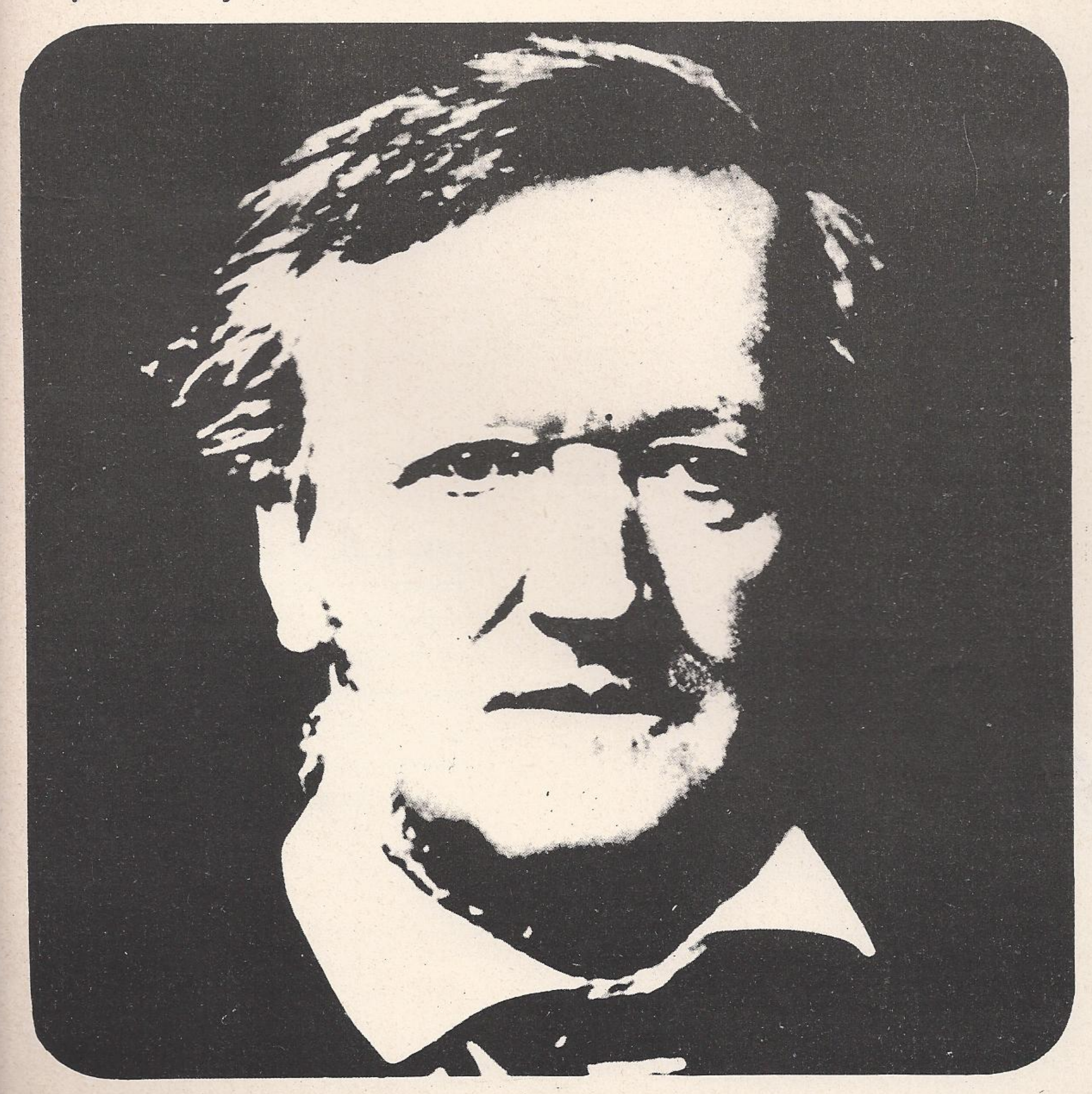
LOS HOMBRES *de la historia*

la Historia Universal a través de sus protagonistas

contiene la biografía completa e ilustrada de

Wagner

Un gigante de la voluntad, la fantasía, la energía, la pasión y el talento.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!



Pronto
Usted podrá canjear
sus fascículos de
Los hombres de la historia
por magníficos tomos
encuadernados

PROXIMAMENTE APARECERA

El mundo contemporáneo

VOLUMEN 1

Se trata de un extraordinario volumen de 272 páginas, lujosamente encuadernado, con títulos sobreimpresos en oro y sobrecubiertas a todo color, que contiene una gran cronología de los hechos fundamentales del siglo XX (1900-1945) y las primeras ocho biografías de Los Hombres de este período: Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin y Picasso.

Ud. recibirá este volumen y las ocho láminas sueltas del Atlas Iconográfico de la Historia Universal qu[illegible]e pertenecen entregando [illegible]o fascículos correspondi[illegible] de Los Hombres (Nos. 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23) en perfecto estado y una reducida suma en efectivo.

¡Son volúmenes de gran calidad en su contenido y en su presentación, que se destacan en la más exigente biblioteca! El precio normal en plaza de un volumen de características análogas a las de éste es de cuatro a seis veces mayor que el que a Ud. le habrá costado en total.

Si le falta alguno de los fascículos incluidos en el volumen, Ud. podrá adquirirlo sin recargo.

Si las tapas de algún fascículo están deterioradas, pero sus páginas interiores se encuentran en perfecto estado, recibirá el volumen sin las láminas sueltas del Atlas.

Si las páginas interiores de algún fascículo están deterioradas, y Ud. quiere utilizarlo, a los treinta días se le entregará el volumen encuadernado con los fascículos que Ud. entregue.

Después de El mundo contemporáneo (volumen 1) irán apareciendo: El siglo XIX: Las revoluciones nacionales, El siglo XIX: La revolución industrial y los demás volúmenes.

¡Esta es una oferta excepcional! Conserve y coleccione en perfecto estado los fascículos de Los hombres de la historia.

Cada semana una biografía completa para formar la más lujosa, moderna e ilustrada Biblioteca de Historia Universal a través de sus protagonistas.

Precio de venta	ARGENTINA: $ 120.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU:
Publicación semanal	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO:	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90
	CUBA:	ESPAÑA:	PANAMA:	VENEZUELA: Bs. 2.50